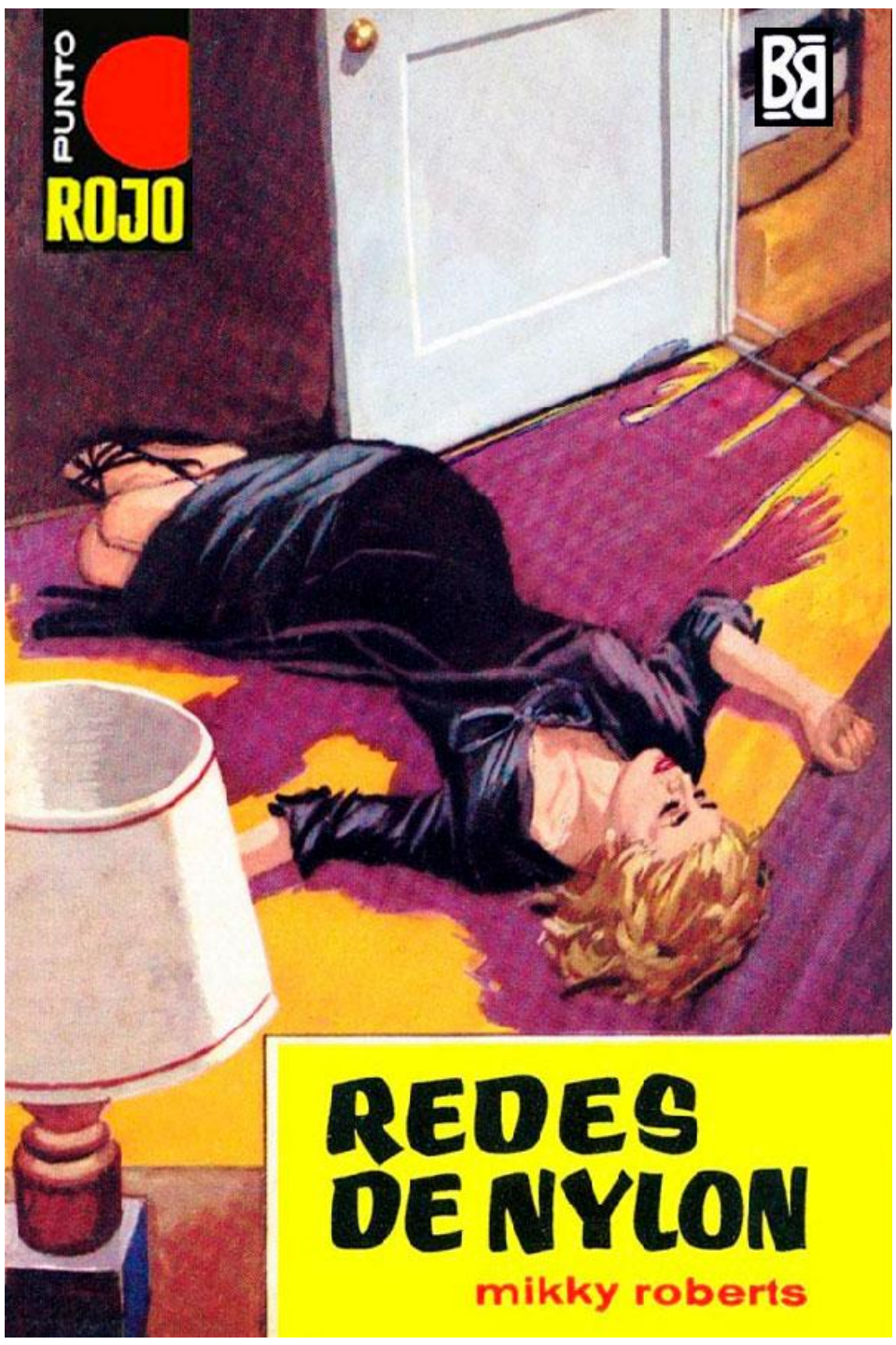


PUNTO

ROJO

B&B



REDES DE NYLON

micky roberts

REDES DE NYLON

MIKKY ROBERTS

REDES DE NYLON

Colección PUNTO ROJO n.º 87
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 22660 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN - DICIEMBRE 1963

© MIKKY ROBERTS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 5655/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE:**
711.— Legado sangriento.
- En Colección SERVICIO SECRETO:**
687.— Puños de granito.
- En Colección BUFALO:**
395.— Bueno con el revólver.
- En Colección CALIFORNIA:**
300.— Falso rural.
- En Colección TEXAS:**
368.— Juego duro.
- En Colección COLORADO:**
275.— La calavera de plata.
- En Colección KANSAS:**
174.— Muerte a plazo fijo.
- En Colección ASES DEL OESTE:**
212.— Herencia fúnebre.
- En Colección BRAVO OESTE:**
100.— Sin piedad.
- En Colección PUNTO ROJO:**
79.— Cuando acecha Eva.



REDES de NYLON

por

MIKKY ROBERTS

CAPÍTULO PRIMERO

—Una historia como ésta puede interesar a nuestro periódico, Mac —dijo Trumbull, empujándolo bajo los gruesos aros de sus gafas—, siempre que sea verdadera y podamos apoyarla con pruebas. No me gustan los libelos: no son rentables.

Mac Davis miró con aprensión el grueso sobre que Trumbull, su director, había tirado ante él, encima del escritorio. En los dos años que llevaba en el periódico y todavía no había podido acostumbrarse a la clase de pasto que este servía a los lectores. La tirada del «New York Free Press» se había triplicado últimamente, y el director de circulación auguraba nuevos aumentos. El secreto del éxito era la peculiar interpretación que Trumbull había dado el apelativo de «Prensa libre» del título. Cualquier cosa escandalosa cabía en sus páginas... siempre que no fuera un libelo. Trumbull era, en eso, inflexible.

—¿Dónde empieza mi trabajo, John? —preguntó el muchacho, sin decidirse a tocar el grueso envoltorio, como si temiera contagiarse con alguna enfermedad virulenta.

—Lea esa historia y compruebe lo que dice... hasta donde sea posible.

—¿Quién la ha escrito?

—Una mujer.

—¿Otro relato de alcoba?

—Es inevitable, cuando la protagonista es una mujer como las que suelen participar en estas historias, pero hay algo más.

—¿El qué?

—No lo sé con seguridad. Nuestra comunicante no me ha enviado la totalidad de sus memorias: se ha limitado a seleccionar unos fragmentos, ocultando nombres bajo iniciales que podrían ser

o no auténticas. No, ha querido servimos el relato completo para evitarse complicaciones antes de alcanzar un acuerdo editorial.

—¿Quién es la autora?

—También ignoro ese extremo. Y me gustaría que usted lo averiguase, Mac.

—Temo que confundió el número de teléfono, John. Soy periodista, no detective.

—Los chistes matinales provocan úlceras en el estómago —gruñó Trumbull, acurrucado en su butacón, tan frágil como un insecto. No era fácil pensar en él como en el director del «New York Free Press».

—Le pago para que busque noticias por su cuenta o para que verifique las que otros proporcionen. *Esto* es una noticia, Mac. Y ahora, póngase a trabajar.

Empujó hacia el muchacho el sobre, y éste se puso en pie y lo recogió. Con él en la mano pasó a su cubículo de cristal, en la gran sala de redacción. Cuando se encontró allí, lo primero que hizo fue quitarse la chaqueta. Luego llamó a un botones, y le pidió una botella de cerveza.

Con el amargor, de la bebida en su boca, le resultaría menos agria la historia que iba a leer.

Cuando empezó a beber, oyendo en el fondo el sordo mosconeo de las máquinas de escribir de los demás redactores, consiguió abstraerse lo suficiente para entrar en el mundo que aquellas hojas mecanografiadas exhibían parcialmente.

El escrito iba encabezado con una carta breve, pero expresiva:

«Sr. Trumbull:

»A usted y a sus lectores pueden interesarle *Mis Memorias*. Contienen esa clase de basura que, en su periódico, puede transformarse en oro. Es evidente que esto es sólo parte de lo que voy a conseguir con su publicación. El resto me vendrá en forma de eso que llaman publicidad. Hay quién dice que con esa llave pueden abrirse muchas puertas. Si las hojas que siguen le interesan, publique un anuncio en la sección “Confidencial” de su periódico que diga: «Me interesa,

Margie». Cómo ve, le ahorro palabras. Yo me pondré en contacto con usted.

»Suya,

»Margie».

El nombre en tinta verde no comprometía a nada, sin contar con que era falso. Por lo demás, el sobre carecía de remitente, y tanto éste como las hojas mecanografiadas estaban huérfanas de dirección alguna que permitiera una rápida identificación:

Mac Davis se acomodó mejor en el sillón y dejó la carta a un lado para enfrentarse con el manuscrito. Margie cultivaba ese cinismo peculiar de quien, a pesar de vivir al margen de muchas reglas éticas, desprecia la sociedad en general, sin duda porque se ha visto obligado a conocer las aristas más duras de la vida.

El relato tenía esa magia morbosa que incita a la lectura, por mucho que el lector desprecie el género:

«Conocí al general P, en mía fiesta en casa de H.

B. Era

una de tantas que el bueno de H. B. organiza de cuando en cuando, y a las que, naturalmente, no tienen acceso las esposas. Son reuniones de “negocios” o entrevistas “políticas”, con vistas a la próxima campaña electoral. Sólo que yo no he sabido nunca de negocios o de política, y, sin embargo, por lo que comprobé, era una de las figuras principales de la reunión; las otras eran chicas cómo yo. No hay duda de que lo que H. B. organiza está bien hecho: se come y se bebe a discreción, y sus invitados siempre encuentran un lugar muy íntimo en su casa para pasarlo en compañía de la pareja elegida. El general P, se mostró muy amable conmigo. Dijo que era la primera vez que conocía a una artista como yo. Me pidió que le hiciera una demostración de mí arte, y le complací. La verdad es que se asustó un poco cuando vio caer mi vestuario

a lo largo de la alfombra, igual que lo hago en mi espectáculo. Se mostró muy paternal, y me hizo algunas consideraciones que casi me hicieron llorar. El vertió abundantes lágrimas, por supuesto. Claro que estaba demasiado borracho para nada más. Volví a encontrarlo una semana después en la sala donde actúo, en una mesa muy alejada de la pista. Pese a la penumbra, yo lo reconocí. Iba de paisano y parecía un *dandy*. Lo encontré muy interesante con aquellas hebras de plata en sus sienes, y me dije que cualquier mujer tendría que ser feliz, a su lado. Cuando terminé fui a la mesa, pero él ya había desaparecido. Repetí aquel juego unas cinco o seis veces antes de atreverse a dar mi nuevo paso. Fue cuando me aguardó en su coche, a la salida del local. Ale llevó a dar un paseo a la luz de la luna, y luego cenamos en un restaurante típico de Greenwich Village, frecuentado por pintores y bohemios. Me habló de su amor y... todo lo demás. Desde la primera noche en que me conoció, no había podido olvidarme. Estuvo tierno y delicado. ¿Qué otra cosa podía hacer? Me acompañó a casa».

La puerta de cristales tembló bajo el impulso de Trumbull. Detrás de sus gafas parecía un pez asustado por una turba de chiquillos vociferantes en torno a su pecera.

—¿Qué le parece el manuscrito, Mac?

—Hasta un general decrépito puede perder el sentido ético frente a una desenvuelta estrella de «stript-easy», John. ¿Qué espera obtener con publicar esto? ¿Arruinar la carrera de ese hombre?

—Sólo ha comenzado a leer, Mac. Hay algo más. No es un general vulgar, sino alguien en cuyas manos están parte de los buenos secretos de la nación. Y esa oportunista metió las narices en ello.

—Nos hemos vuelto muy compatriotas, ¿eh? —gruñó el muchacho, con escasa delicadeza.

—De acuerdo, Mac. Usted me desprecia por intentar elevar la

tirada de mí periódico, ¿no?

Davis se incorporó para estirar las piernas.

—Se equivoca. Los fines son excelentes, no así los medios. Ni tampoco le desprecio, John. ¿Qué ganaría con ello?

—Usted vive persuadido de que este periódico es un vertedero, ¿verdad?

—Creo en un periodismo más digno.

—Y yo también, a su edad. Luego me he convencido de que lo que interesa siempre es decir la verdad, no importa el asunto. Usted, Mac, piensa que soy inmoral por publicar un documento como el que tiene en sus manos. Pero yo conozco una inmoralidad mayor: es la de no decir la verdad; es la de silenciar los hechos que conocemos; es la de usar el incensario con dirigentes políticos ineptos o, lo que es peor, deshonestos, administrativamente hablando; conozco inmoralidades auténticas en periodismo: colaborar para que la injusticia prevalezca; ser cómplices, con nuestra inhibición, de grandes fraudes en la construcción de obras públicas; ser partícipes, por comodidad, de amañes electorales, siempre que no afecten a nuestros amigos; atacar a los enemigos de nuestros amigos, sin buscar antes la verdad; repartir elogios, al autor, al artista, al intérprete o al deportista que pertenece a nuestro clan, con notoria injusticia... Todo eso es inmoral y deshonesto, Mac, porque afecta a *toda* la sociedad, y nosotros estamos obligados a ser la fuerza que equilibre abusos públicos... En cambio, si publico las memorias de *Margie*, por muy escabrosas que puedan resultar, contribuiré al bien común, caerá ese general y caerán otros... algunas familias se arruinarán... pero ¿qué me dice de la colectividad? ¿No sería más inmoral permitir que ese general P, siga ocupando un puesto que no merece, engañando a todos y exponiendo al país a serios peligros?

Trumbull tomó aliento y se quitó las gafas. Sin ellas, parecía un «contable» cesante que buscara un empleo de diez dólares.

—¿No hay mejores procedimientos para hacer lo mismo, John? —preguntó el muchacho.

—No; no los hay. Si yo le encomendara un editorial contra el general P., ¿sabe lo que le sucedería? El Pentágono caería sobre usted y sobre mí, y necesitaríamos a todos los abogados de Nueva York para llevar adelante los juicios que los perjudicados iniciarían

contra nosotros. En cambio, si es *Margie* quien relata su intimidad, ellos serán los primeros en no querer más publicidad para un asunto tan delicado, y el general P, presentará su dimisión en las veinticuatro horas siguientes. Siga adelante. Y, sobre todo, compruebe si lo que *Margie* dice es cierto: sólo me interesa ese detalle. No dirá que no juego limpio. No quiero libelos: quiero la verdad, caiga quien caiga.

Salió y cerró la puerta. Mac todavía miraba la lámina traslúcida de cristal en la que se recortaba la figura de su jefe, cuando éste entró de nuevo:

—Me gusta que alguien me discuta de cuando en cuando, Mac, pero no abuse de su privilegio.

Cerró antes, de que el muchacho pudiera responder. Luego, Davis volvió a su mesa y se dejó caer en el sillón basculante; estiró las piernas, cruzó los tobillos y cogió el manuscrito. *Margie* seguía contando historias interesantes:

«Al mes de conocernos, el general P, me llevó a Washington porque yo había manifestado interés por su trabajo. Me presentó como una sobrina suya, y recorrí diversas dependencias con él, hasta llegar a su departamento. Se le veía orgulloso de mostrarme su mundo, y tenía la alegría del cadete que deslumbra a la primera chica que le ha dicho que sí. Me enseñó muchas cosas, planos, órdenes, fotografías, documentos técnicos... todo relacionado con no sé qué investigación nuclear. Si

Mata-Hari

se hubiera hallado en mi lugar, creería estar soñando al tener al alcance de su mano tantos datos de interés para cualquier potencia. Por fortuna para mí adorado general, en la escuela pública apenas me enseñaron algo más que a leer y a escribir, y no entendí una sola palabra de todo lo que me explicó».

Llegado a este punto, Mac volvió a su cerveza y se dijo que

Trumbull tenía razón al desear arrojar de aquel puesto a un estúpido como el general P.

«De regreso a Nueva York, encontré a H. B. en mi apartamento aguardándome. No me gustó porque el general podía haber subido y no me convenía que se sintiera incómodo, pero H. me dijo que tenía que hablar conmigo seriamente y que me dejara de tonterías. Me, preguntó cómo iba nuestro idilio y, aunque no estaba dispuesta a darle cuenta, terminé haciéndolo. Se alegró al saber que el general había “picado”, como dijo. Luego me pidió que le trabajara para que concediera una contrata a W. C., cuyo pliego de condiciones figuraba ya en la oficina del general, pendiente de su decisión. Me prometió cinco mil dólares si lograba que mi general firmara y... accedí».

Mac se pasó la mano por el rostro, sudoroso. Si aquellas Memorias aparecían, el escándalo haría temblar la tierra.

«No fue fácil convencer al general, y tuve que apelar a todo mi poder persuasivo. Tema a mí favor sus sentimientos por mí. ¿Qué otra cosa podía hacer, cuando le amenacé con no verle más? Me pidió de rodillas que no lo hiciera; ese gesto suyo no me gustó y se lo dije. Protestó, me halagó, me regaló unos pendientes y... conseguí la firma. H. B. se mostró muy contento y dijo que teníamos un gran porvenir».

Levantó la vista del manuscrito, al presentir otra visita. En el cristal se recortó una silueta de prietos y pujantes contornos, y adivinó que se trataba de Corinne Masey, antes de que ésta abriera la puerta.

—Felicidades, gran periodista. El viejo ha dicho por ahí que llegarías lejos, y no he querido dejar de rendirte pleitesía. ¿Cómo

consigues sus arrumacos, Mac?

—Sencillamente, con talento —replicó el muchacho ácidamente.

Ella se recostó en el marco de la puerta. Era una postura ideal, si quería demostrar que bajo la blusa había un cuerpo perfecto. Sus ojos no eran seductores, sino burlones.

—¿Habrás que llamarte delfín, Mac? Y no lo digo con intención ofensiva, porque crea que vas a remolque de un pez mayor que tú, sino en calidad de heredero. ¿Tus inmersiones en el mundo de las Memorias Secretas te han dejado tiempo para estudiar la Historia?

—¿Resentida, Corinne?

—Oh, no. Nunca aspiré a tu puesto, dentro del periódico. Me gusta oler bien.

Dio media vuelta y salió. Mac se quedó mirando el hueco que había dejado, sin comprender exactamente la causa del rencor femenino. Corinne, cuando entró en el periódico unos meses atrás, fue protegida por Mac para evitarle momentos desagradables en la profesión, como novata que era. Luego se hizo cargo de la sección literaria, y aquello les alejó porque la muchacha iba poco por la redacción, demasiado ocupaba en su domicilio, leyendo libros para hacerles la crítica. Desde entonces, progresivamente, la acidez de ella había aumentado, sin que él comprendiera la causa.

Se levantó para cerrar la puerta y volvió a las Memorias de la desconocida *Margie*:

«Conocí otras figuras importantes por mediación de

H.

B. Inevitablemente,

ellos se enamoraban de mí, al menos el tiempo suficiente para que yo obtuviera de ellos lo que H. B. deseaba. No puedo continuar este relato, porque si añadiera nuevas iniciales, ustedes llegarían a juntar los trozos del rompecabezas y conocerían mi historia mejor que yo. Si les interesa, este apasionante relato, sigan las instrucciones contenidas en mi carta y trataremos del precio. Tan pronto reciba el dinero, les daré un manuscrito completo, *con todos los nombres*, pruebas fotográficas y cartas que demostrarán la

veracidad de todo cuanto relato».

Había llegado al final... Mac tiró a un lado la última cuartilla y buscó algo de cerveza para lubricar su boca reseca, pero no encontró. El teléfono sonó entonces.

Trumbull preguntó por el hilo:

—¿Qué, Mac?

—En este momento termino la lectura. Será una bomba cuando la publiquemos.

—Antes quiero saber si es cierto lo que se dice ahí: no importa el tiempo que inviertas en ello. Siempre será noticia. En la edición matinal aparecerá el mensaje para *Margie*.

CAPÍTULO II

Las tres muchachas, igualmente rubias, soltaron al unísono los bordes de sus faldas, dando por concluido el espectáculo.

—Las he visto mejores, chicas —dijo Alden Weecks, pasando el grueso cigarro a la comisura opuesta de su boca—. Bonitas piernas, sí, pero en las variedades se necesita algo más. Dejad vuestra dirección a mí secretaria y os avisaré si surge algo en el *middle-west*.

Volvió la espalda a las tres aspirantes a estrellas del *music-hall* y se encaró con Mac Davis.

—¿Y tú? ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Has descubierto en ti un talento ignorado, Mac?

El muchacho siguió con la vista a las tres rubias.

—¿Por qué las desprecias, Alden? He conocido muchas peores como cabeceras de espectáculo.

—Y yo también, pero les falta experiencia: ésa es una cualidad que está reñida con la juventud. Para cuando la adquieran, serán viejas y estarán tan gastadas como cualquier otra figura.

—¿Por qué no las contratas ahora?

—Unos cuantos admiradores las han convencido de que valen su peso en oro, y a mí no me conviene ese precio. Dentro de unas semanas habrán bajado de las nubes y estarán dispuestas a empezar por abajo. El espectáculo es muy duro, Mac. Se necesita mucho ánimo para seguir adelante, y no hay mejor escuela que empezar desde el principio. Pero no has venido para que te cuente mi filosofía, ¿verdad?

—Acertaste. Preciso un informe.

Alden Weecks tiró con el pulgar el sombrero hacia la nuca y mostró el pequeño escenario que tenía montado en su Agencia Artística, junto al cual se agrupaban varios artistas, en espera de su

turno para mostrar sus habilidades y conseguir un contrato.

—¿Ahora? Escucha, Mac, son mis horas de trabajo.

—Te llevará cinco minutos. Además, no vas a contratar a ninguno de los que hacen cola: te conozco bien.

—Probablemente, pero siempre hay la posibilidad de hallar una perla entre toda esa basura.

—Tú sabes lo improbable que es. Además, si todo el mundo quiere trabajar para Alden Weecks, es porque tiene muy buena Prensa, ¿no crees?

El agente teatral exhaló una bocanada de humo y luego escupió un trozo de tabaco hacia un rincón.

—Sabes ser persuasivo. Si yo fuera policía, diría que eso es un chantaje —se encaró con los que aguardaban y rugió—: Bueno, ya está bien por hoy. ¡Vuelvan otro día, si tienen ánimo para ello!

Cogió al periodista del brazo y pasó por una estrecha puerta, que cerró con pestillo a su espalda. Al otro lado quedaron las protestas de los que llevaban varias horas aguardando una oportunidad. Mac se sintió empujado por un pasillo oscuro que desembocó en las oficinas de Alden Weecks. Una secretaria pelirroja que hubiera estado mucho mejor en la portada de cualquier revista galante, le sonrió al pasar, considerándolo una figura al ser tratado tan familiarmente por su jefe. Éste gruñó, sin embargo:

—¡No te molestes, Rose, es sólo un periodista!

La sonrisa quedó borrada tan eficientemente como los garabatos de una pizarra bajo el cepillo.

Cuando pasaron al despacho privado del agente, éste explicó:

—Rose trató de conquistar un título de belleza en no sé dónde, y un periodista despechado la hundió en un artículo en el que la ridiculizaba. Desde entonces la pobre Rose sueña con hacerse un amuleto con la piel de algún ejemplar de vuestra especie. Siéntate, Mac. ¿De qué se trata?

Cruzó las piernas y miró a su amigo por encima del escritorio atestado de revistas, fotografías y correspondencia.

—Necesito buscar a una estrella de *music-hall*, especializada en el *stript-easy*, qué tenga amistades en las altas esferas.

Alden silbó.

—Pensé que esos trabajos podías hacerlos tú solo; incluso llegué a pensar que con tu figura no carecerías de amiguitas. Lo siento,

muchacho, pero no tengo un fichero de teléfonos de esa clase: desprestigiaría mi Agencia.

—Realmente eres obtuso, Alden —gruñó Mac—. Se trata de algo profesional. ¿Qué imaginabas?

—Lo más elemental, conociendo tu fama.

—Como has dicho muy bien al principio, nunca he necesitado colaboradores en ese terreno. Es un informe completamente en serio el que te pido.

—¿Y realmente has pensado que yo podía darte algún nombre, con sólo esos datos? Supongo que todas las estrellas tienen sus amistades. ¿Qué sé yo? No me ocupo de la vida privada de mis administradas. ¿Qué es lo que buscas exactamente?

—Ya te lo he dicho: una chica que actúe en alguna sala de Nueva York y que mantenga buenas relaciones con caballeros de un alto nivel social. Sé que es difícil, pero...

—¿Difícil? —chilló Weecks—. Debes estar loco para pensar que yo podía ayudarte en eso, Mac. Nadie puede conocer las relaciones de esas muchachas, y en Nueva York habrá centenares actuando en unos locales u otros.

—La que yo me refiero tiene que ser algo especial: no solamente hermosa sino distinguida. Debe tener algo que justifique su éxito, una gracia singular, un encanto muy propio. Tú ya sabes lo que ocurre con el género: envilece. Ésta no, no de otra forma no hubiera engatusado a un general.

Alden Weecks alzó la cabeza y se retiró el cigarro de la boca.

—¿Un general? Escúchame, Mac, no quiero líos. No sé qué llevas entre manos, pero...

—Te lo explicaré a grandes rasgos, Alden, con el ruego de que guardes reserva. Una de esas chicas nos ha ofrecido unas «Memorias Intimas», en la que habla de grandes personajes, ocultándolos bajo iniciales. No sabemos quién es la chica, ni si dice, por tanto, la verdad. Antes de negociar con ella los términos del contrato editorial, queremos asegurarnos de que cuanto nos ofrece es auténtico. Yo estoy haciendo esas comprobaciones.

—¿Qué resultado has obtenido hasta ahora?

,—Tú eres mi primera y única pista. No tengo nada a lo que agarrarme, excepto lo que puedas decirme. No sé el nombre, ni su dirección; tampoco la sala en la que actúa, ni otro detalle. Utiliza

un nombre que me imagino es falso: *Margie*, y firma su oferta con tinta verde. Eso es todo. Y ahora... dependo de ti.

—¿Por qué de mí? Hay en Nueva York docenas de agentes que también administran los intereses de...

—He dicho que es una chica especial, por lo que no puede tener un agente vulgar. Tú eres lo mejorcito que hay aquí, Alden, y no es deseos de halagar. Te ruego que mires en tus ficheros.

Weecks se quitó el sombrero y pasó los dedos por la cada vez más escasa pelambrera.

—Gracias, Mac. Viniendo de ti, es un elogio fabuloso.

Pero... no sé cómo ayudarte... No recuerdo ninguna *Margie*. Debe ser un nombré falso, por supuesto. Bien, ¿y qué conseguirás, si la identificas? Supongo que para tratar del precio por los derechos de autor, tendréis que entablar negociaciones... Ésa sería una buena oportunidad para investigar.

—Para entonces estaríamos a la defensiva, sin base alguna sobre la que operar. Prefiero bucear en su historia mientras esté desprevenida, creyendo qué se encuentra segura en el anónimo.

El agente abandonó el sillón giratorio y tiró del cajón de un fichero metálico que ocupaba el rincón más próximo a su mesa.

—Veamos... Aquí tengo las carpetas de todas mis estrellas de esa especialidad: nombres, señas personales, fotografías, documentos, contratos... Estúdialas, Mac, pero no tomes ningún dato: son informes privados.

El muchacho sonrió.

—Gracias, Alden. Eres un gran muchacho.

El agente pulsó un botón y casi al instante apareció Rose.

—Mi amigo, Mac Davis, estudiará unos datos ahí fuera mientras yo despacho unas conferencias. Cuando termines, Mac, entra y devuélveme las carpetas.

El periodista, con los *dossiers* bajo el brazo, siguió a Rose, cuyo rostro estaba tenso y excepcionalmente duro. Su figura, vista de espaldas, podía pertenecer a cualquier «*miss*» de las que había conocido. Le sonrió, pero ella pareció no verle, y, en silencio, ocupó una mesa situada frente a la muchacha, con la vana intención de romper el hielo.

—Alden me ha contado su historia, Rose —dijo Mac, con expresión amable—. No debe juzgarnos a todos los periodistas por

uno que carecía de ética. Yo...

—Procure ser breve —cortó ella, glacial—. La atmósfera se hace irrespirable, teniéndole a usted en la misma oficina.

Mac se mordió el labio inferior y abrió la primera carpeta. Durante más de una hora estuvo sumido en el estudio de los datos que aparecían. Lo más interesante, por supuesto, eran las fotografías. Había estado acertado al decir que Alden Weecks había acaparado las mejores figuras de la especialidad. No cabía duda de que los empresarios firmarían cualquier contrato que Alden les presentara, a la vista de aquellos documentos gráficos.

Estaba al final de las carpetas, cuando tropezó con un documento en el que la estrella había firmado con tinta verde... *¡al igual que Margie!*

Con rápidos movimientos, examinó las carpetas siguientes y luego las repasó todas. Sólo aquélla contenía un contrato firmado con tinta verde.

Cruzó la oficina y abrió la puerta de Alden:

—¡Ya lo tengo! —anunció, radiante—. Se trata de Lorna Dee.

CAPÍTULO III

El ambiente «*snob*», la escasa iluminación, la peculiar decoración y las atracciones internacionales del «Tritón», se reflejaban de una manera evidente en la carta de precios: todo costaba tres veces más de lo normal. Esa única circunstancia seleccionaba la clientela.

Cuando Mac ocupó una mesita en primera fila de pista junto a la pared, en un lugar discreto para observar sin llamar la atención, giró una mirada a su alrededor y confirmó la primera impresión recibida: el club nocturno estaba hecho solo para hombres de negocios de paso por Nueva York, que deseaban aprovechar al máximo su tiempo. Esa clase de clientes no podían permitirse el lujo absurdo de no mirar el reloj, y por ello la dirección se encargaba de facilitarles, si no lo habían conseguido todavía, la clase de compañía más adecuada para cada cliente.

Mac se dijo que las chicas eran hermosas y elegantes. Y, sobre todo, aparentaban una clase que estaban lejos de poseer. Los hombres de negocios se veían satisfechos, viviendo una aventura que su propia vanidad les impedía calificar de vulgar.

El camarero tosió discretamente a su lado, y Mac abandonó su observación para encararse con el servidor.

—¿Qué tomará el señor?

—Cualquier cosa. ¿No tienen ustedes alguna especialidad?

—Oh, sí. Un

cock-tail

que tiene mucha aceptación: «Buena suerte» es su nombre. Los clientes lo toman como un amuleto.

—Está bien: lo probaré.

El camarero hizo una rápida anotación en su libreta y añadió, con una incipiente sonrisa:

—¿Espera usted a alguien? ¿O quizá...?

—De momento prefiero estar solo.

—Como guste, señor.

—A propósito —dijo Mac, antes de que se retirara el camarero—. Trabaja aquí Lorna Dee, ¿no es cierto?

—Sí, pero su actuación comienza tarde: a medianoche.

—Esperaré.

—Si me permite... —vacilaba—. Nuestros artistas no suelen... ejem... alternar con los clientes...

—No es esa mi intención.

—Oh, claro. Perdón. Le traeré inmediatamente su «Buena suerte».

Era un nombre hábil para un
cock-tail

. La dirección del «Tritón» conocía bien la peculiar psicología de los clientes. A un hombre que emprende un negocio o que inicia una aventura galante, nada mejor que deseársele que buena suerte.

Las luces bajaron aún más de intensidad, y se encendió un foco que iluminó la pista, al tiempo que la orquesta iniciaba una melodía muy de moda. Una cantante morena, de grandes ojos oscuros y figura centelleante por efecto del vestido de escamas doradas, apareció de entre unas cortinas para entonar la canción. Tenía más figura que voz, y eso debía ser lo importante. Luego se sucedieron las atracciones, entre los aplausos de los espectadores que, por otra parte, no parecían prestar mucha atención al espectáculo, demasiado ocupadas las parejas en sus propios asuntos. Mac se aburría. El más mediocre programa de televisión ofrecía actuaciones parecidas, con la ventaja de verlo desde casa, en un confortable sillón. Al «Tritón» había que ir para algo más, por lo visto. La respuesta la tenía en todas las mesas, donde las parejas, muy juntas, iniciaban ese juego tan antiguo como el mundo.

El foco de la pista se apagó y terminó la última actuación. La orquesta, estimulada por no sabía qué, inició un bailable animoso, a cuya llamada acudieron de todas las mesas los amantes de la danza para entrechocarse mutuamente en la reducida pista. A Mac le dolían los ojos de tanto esforzarse por ver en la penumbra. Todo aquello resultaba ridículamente aburrido. El galanteo a que se entregaban irnos y otros era estúpido. Pretendían con él hacerse la

ilusión de que se conquistaban de buena fe, como si todos ignorasen los verdaderos fines para los que estaban allí.

Una rubia teñida apareció junto al periodista.

—¿No estás muy solo? —susurró gangosamente.

—Seguro —ella separó la silla para sentarse, pero Mac añadió—: Y me gusta seguir así.

La rubia respingó y, mascullando algo no muy ortodoxo, se alejó agitándose mucho.

Una figura se acercó sorteando las mesas, y Mac le reconoció por la blanca chaquetilla.

—Lorna Dee no vendrá esta noche —anunció el camarero—. Telefoné diciendo que no se encontraba bien.

—¿Está seguro? Ella me citó aquí. Soy periodista: tenía que hacerle una entrevista por la que Lorna mostró verdadero interés.

—Yo no hablé con ella, pero acabo de enterarme de esto, y he pensado que le interesaría saberlo.

—Por supuesto. ¿Con quién habló?

—Con el administrador, el señor Conway.

Mac dejó la mesa y puso un billete en la mano del camarero.

—¿Puede llevarme hasta él?

—Oh, claro, señor.

Le siguió por entre las mesas y abandonaron la vulgaridad de la sala.

El camarero llamó a una puerta y acto seguido entró. Desde el umbral dijo:

—Hay un caballero que estaba citado con Lorna Dee, señor Conway. Desea hablar con usted.

Entró el muchacho y se encontró en un despacho confortable, ocupado por un individuo calvo y ventrudo, que daba la desagradable sensación de estar siempre sudando.

—Soy Mac Davis —anunció el periodista—. Tenía que hacerle esta noche una entrevista a Lorna. Ella me citó aquí, y me sorprende que no haya venido. ¿Sabe usted qué le ocurre?

—¿Dice usted que ella le citó?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace algunos días.

—No me dijo Lorna tal cosa.

El camarero les había dejado solos.

—¿Acaso ella acostumbra a comunicarle a usted todo lo que hace?

—Sí. Por lo menos, todo lo que se refiere a su vida pública. Si es una entrevista, puede afectar a su actuación en el «Tritón». En el contrato se especifica que la publicidad debe realizarse de mutuo acuerdo.

—No me interesa el «Tritón», señor Conway, sino Lorna Dee. Quiero creer que no la tiene usted contratada en exclusiva para el resto de su existencia.

—Muy ingenioso.

—Y ahora, ¿va a responderme?

Conway tenía un gesto duro, poco agradable.

—No lo sé. Telefoneó y dijo que no se hallaba en condiciones de actuar. No le pregunté más, y le aconsejé que descansara.

—¿Desde dónde le llamó ella?

—Lo ignoro, pero, si no se encontraba bien, es lógico suponer que lo hizo desde su apartamento.

—¿Ha faltado ella otras veces?

—Sí.

—¿Y usted no ha tratado de hacerle cumplir con su contrato?

—No puedo obligar a ninguna estrella a que actúe, si ella dice no estar en condiciones: no quiero arruinar la reputación del club con una deficiente exhibición.

—¿La ha visto usted hoy?

—No; anoche fue su última actuación.

—¿Hasta cuándo es el contrato?

—Por dos meses renovables: ha cumplido uno. Pero ¿a qué viene tanta pregunta?

Mac prefirió ignorar la última frase.

—¿Qué amistades tiene Lorna?

Conway descargó un puñetazo en la mesa.

—¡Ya está bien! No voy a responder ni una sola pregunta más. Esto es demasiado, tanto si es periodista verdaderamente, como si no lo es. Le ruego que no me haga perder más tiempo.

Pulsó un timbre y un momento después apareció el mismo camarero que le había llevado hasta allí.

—Acompañe a su amigo hasta la puerta y no me lo traiga más,

Kelly.

Abandonó el despacho junto al empleado, pero a medio camino se detuvo y sacó un rollo de billetes del bolsillo.

—A usted le gusta coleccionar estas estampas, ¿verdad, Kelly?

Los ojillos del camarero se pusieron redondos.

—¿A quién no, señor Davis?

—Bueno, yo tengo algunas repetidas. ¿Qué tal, si se las diera para completar su colección?

—Me vendrán de perlas, ¡vaya que sí!

Mac sacó tres billetes de cinco dólares y los estiró cuidadosamente.

—Me gustaría echar una ojeada al aposento de Lorna. Un minuto tan solo. Pienso que ella pudo dejarme algún mensaje allí.

Kelly miró hacia atrás, en dirección a la puerta del despacho que habían abandonado.

—Ya oyó lo que dijo el jefe: no pareció agradecerle su visita.

—Eso pienso yo, pero es que a Conway no hay que hacerle mucho caso; los jefes que dan demasiadas órdenes y que además lo hacen sin educación, merecen ser desobedecidos.

La mano del camarero atrapó los billetes.

—Siga por ese pasillo: es la tercera puerta. A mí me ordenó el jefe que lo sacara a la sala, y es lo que voy a hacer. Allí usted, si luego entra sin que nadie le vea.

Mac soltó una risita.

—Usted hará carrera en la vida, Kelly: es un muchacho despierto.

Siguiendo al empleado, llegó a la sala de fiestas, donde continuaba el baile. Cerca de las cortinas, una pelirroja había encontrado un lugar cómodo entre los brazos de su acompañante. Al verlos, se separaron, y Kelly gruñó:

—Ya oyó al jefe: no vuelva a molestarle —y le guiñó un ojo en gesto de complicidad.

Mac buscó un cigarrillo en la pitillera, lo encendió y lanzó una bocanada de humo. El compañero de la pelirroja se olvidó de él para ocuparse de los labios femeninos, razón por la que ella dejó de mirar a Mac. El Camarero se alejó, y el joven periodista miró a su alrededor lentamente, comprobando que todos tenían su atención puesta en algo más interesante que las cortinas que daban acceso al

interior del club.

Con seguridad, dio media vuelta y entró.

El pasillo estaba desierto. Los sones de la orquesta llegaban hasta allí, ahogando cualquier sonido que pudieran provocar sus pasos, aunque avanzaba con sumo cuidado.

La indicación de Kelly había sido precisa. La tercera puerta ostentaba un pequeño rótulo que anunciaba el nombre de Lorna Dee.

Hizo girar la manecilla y entró.

El perfume que flotaba en el aire era de los que levantaban oleadas pasionales en el hombre más frío. Por un momento, Mac se detuvo en la oscuridad para respirar con fruición el perfume. La figura de las fotografías que había visto en la oficina de Alden Weecks retornó a su memoria. No cabía duda de que encajaba con aquel perfume, con joyas caras y con abrigos de visón. Lorna Dee no podía ser otra cosa que un juguete de lujo.

Encendió la luz. Todo «camerino» es un cubículo donde la asfixia amenaza a quien lo ocupa, si son más de dos. Aquél no era una excepción, pero Mac hubiera corrido con gusto el riesgo, a condición de que ella hubiera estado dentro.

Pero sólo había algo de vestuario, no demasiado, dada su especialidad: exóticos tocados de plumas, cremas y masajes sobre el tocador, fotografías en el marco del espejo flanqueado de bombillas, y un armario detrás de la puerta con una cortina a guisa de cierre, y en el que colgaban algunos vestidos. No había muchas cosas que examinar. Empezó, naturalmente, por los cajones del tocador, donde se acumulaban, en confuso montón, todo lo que una mujer desordenada puede coleccionar: guantes, pañuelos, frascos de perfume vacíos, cartas de admiradores, fotografías, polvera, cigarrillos, envases vacíos, bombones, revistas, recortes de Prensa, tubos de labios, aspirinas y cien cosas más, sin valor ni sentido. Mac revisó una por una las cartas, pero se limitaban a pedirle fotografías o a tratar de obtener una entrevista que, por el abandono en que estaban, se adivinaba no habían tenido éxito.

Respecto a las fotografías, en la mayor parte figuraba Lorna Dee en diferentes actitudes que indicaban su encantadora personalidad. Las que colgaban del marco del espejo mostraban a Lorna en compañía de artistas diversos, algunos de reconocida fama, con

dedicatorias expresivas a la estrella, que reflejaban la cordialidad de sus relaciones.

Una, sin embargo, le llamó la atención. No estaba hecha en el «Tritón» sino en el mirador de las cataratas del Niágara, donde Lorna sonreía expresivamente a un hombre joven, de anchos hombros, cabellos rubios y expresión de galán, que le ceñía la cintura con el brazo derecho. Diríase una foto de viaje de novios, que perpetuaba un momento feliz. Al dorso, una mano masculina había trazado enérgicamente: «A Lorna, en unos días felices, H. B».

Mac se humedeció los labios con la punta de la lengua: H.

B. Nuevamente

aparecían aquellas iniciales, que horas antes leyera en el fragmento de las Memorias enviadas por *Margie*, que había resultado ser efectivamente Lorna Dee, a juzgar por aquella coincidencia.

Suspiró. No había encontrado a la artista, pero, al menos, poseía una prueba de que, en cierto modo, algo real había en sus «Memorias».

En el pasillo sonaron unos pasos y la voz de Kelly, el camarero, que decía en voz alta:

—¡No está! ¡Le aseguro que no está! Ella no vino esta noche...

—Lo comprobaré.

Mac comprendió que se referían a Lorna, y miró entorno rápidamente, buscando una forma de salir de aquella difícil situación.

Velozmente, cuando la manecilla empezaba a girar, apagó la luz y se deslizó tras la cortina del armario, pegándose al muro para que los vestidos le cubrieran por completo.

¡Lo hizo a tiempo! La bombilla se encendió de nuevo, tras el brusco empujón a la puerta. Alguien forcejeaba. Sin duda, Kelly, asustado de las consecuencias que tendría el que se descubriera qué había facilitado el acceso al periodista, trataba de impedir que el que llegaba penetrara en el aposento.

—¡Vamos, no sea estúpido, usted me conoce demasiado bien! ¡Déjeme en paz y lárguese!

El suspiro de alivio de Kelly fue escuchado dentro del rudimentario armario, cuando el camarero comprobó que Mac había desaparecido.

—¡Pero el señor Conway no quiere que ninguna persona ajena al

club entre en las dependencias!

—Estaré un segundo, Kelly. Sólo el tiempo suficiente para recoger... ¡Maldita sea! ¿Dónde está?

—¿A qué se refiere? —preguntó el camarero.

Mac no se movió, temeroso de que su presencia fuera descubierta. Por eso únicamente escuchaba las voces sin ver al recién llegado.

—La foto. Una que Lorna tenía siempre en el espejo.

—Lo siento, no sé a qué se refiere. Quizá ella se la llevó.

—No... Eso es imposible.

Mac oyó el ruido de los cajones al abrirse bruscamente, y la rudeza con la que el desconocido buscaba en su interior.

—¡Anoche estaba esa foto aquí!

—¿Tanto valor tiene para usted? —preguntó Kelly.

—¿Sabe dónde está? —preguntó el otro, con acento esperanzador, pero cargado de amenazas a un tiempo.

—Oh, no. Pero ella se la dará, fácilmente.

—No sea estúpido. ¡Tiene que estar aquí! ¡No me marcharé hasta que no la encuentre!

Una mano hizo correr bruscamente la cortina que ocultaba los vestidos del armario y Mac puso en tensión su brazo para golpear al desconocido.

No fue necesario. En la puerta sonó la voz autoritaria de Conway:

—¿Qué significa esto, Kelly? —rugió el administrador.

—Este caballero es asiduo visitante de la señorita Lorna, y no se convenció cuando le dije que esta noche ella no vendría.

El muchacho, detrás de los vestidos, no se atrevía ni a respirar, por miedo a ser descubierto. El intruso abandonó la búsqueda iniciada en el armario para encararse a un Conway furioso.

—¡Llame a la policía, Kelly! ¡Le daremos una lección!

—Oh, no es necesario... Yo... me marchaba en este preciso instante, señor Conway... —jadeó el intruso—. Fue una tontería por mí parte no fiarme de la palabra del camarero. Ya me voy... Por supuesto que no es necesario que se violente conmigo... Buenas noches...

Rápidamente, el desconocido se esfumó en el pasillo, y Conway se encaró con Kelly:

—Es usted un hombre demasiado frágil ante las propinas... Creo que una temporada de trabajo en la bodega, lejos del público, le hará reflexionar.

—Pero... pero, señor Conway, yo...

El administrador ya se alejaba sin hacerle caso, y Kelly lanzó una maldición. Luego apagó la luz; y cerró la puerta. Mac aguardó a que se extinguieran los ruidos en el pasillo, y salió del aposento, con todo lujo de precauciones: quería conservar la foto, por encima de todo.

Desembocó en el corredor que ciaba a la sala y ya estaba con la mano en las cortinas, cuando a su espalda sonó la voz resentida de Kelly:

—De modo que fue usted quien se llevó la foto.

Mac giró en redondo.

—¿De qué me habla?

—¿Dónde se escondió hasta ahora? Estuvimos en el aposento y... ¡Ya sé! ¡Usted estaba en el armario!

El periodista sonrió:

—Me habla con resentimiento, Kelly. ¿Ya no somos amigos?

—Pero es que...

El muchacho desenrolló los billetes que guardaba en el bolsillo del pantalón y buscó dos en buen estado.

—Veamos qué tal va su colección. ¿Quién dijo que era ese visitante tan nervioso?

—No lo dijo, pero... —se humedeció los labios—. El mismo que figura en esa foto que usted ha cogido.

—¿Usted me ha visto hacerlo?

—No, pero no es difícil imaginar...

—No asegure aquello que no haya visto, si no quiere encontrarse en dificultades en la vida. Su colección peligra. ¿Cómo se llama ese apuesto galán?

—Henry Brown. Es un asiduo acompañante de Lorna... Y ahora, ¿quiere marcharse de una vez? Ya me ha causado bastantes problemas esta noche.

—Sigue siendo usted inexacto, Kelly. Su jefe le reprochó haber dejado pasar a Brown, no a mí; así que cargue en la cuenta de Brown su destierro a la bodega. Buenas noches.

Metió los billetes en el bolsillo superior de la chaquetilla de

Kelly, y abandonó el local con expresión satisfecha.

CAPÍTULO IV

Mac empujó la puerta de cristales y miró hacia la sólida de caoba tallada que cerraba el despacho de Trumbull. La morena de jersey ajustado que pasaba por ser la secretaria del director, sacudió la melenita negativamente.

—No está. Probablemente no regresará hasta mañana.

—Entonces, ¿qué haces aquí, Vera?

—Estoy ultimando un trabajo.

Mac se aproximó a la mesa que ocupaba Vera King, dejando que ésta le sonriera expertamente.

—Veo que John es un tirano. Nunca pensé que te hiciera trabajar.

Vera enarcó las cejas.

—¿Qué supones, Mac? ¿Tengo aspecto de no ganarme el sueldo?

—Oh, claro —pasó el índice cuidadosamente por el hombro femenino, en suave exploración táctil que despertó las cosquillas de la muchacha—. Trumbull ha sabido rodearse siempre de lindas secretarias que, a veces, no han durado mucho. Malas lenguas aseguran que exigía servicios extra.

—Tienes la imaginación sucia, como todos —reprochó ella con una risita, al tiempo que se incorporaba y estiraba el jersey con un gesto maquinal—. Y le has ganado esto.

La mano femenina le alcanzó en la mejilla, sonoramente. Mac parpadeó, asombrado, pero aún se sorprendió más al notar en los suyos los labios femeninos en rápido beso, del que se zafó prestamente ella.

—Caramba, Vera. No sé si enfadarme o...

—¿Cuándo vas a invitarme, Mac? —preguntó la muchacha, sentándose en la esquina del escritorio, con cierto descuido—.

Trumbull es el jefe, sí, pero descorazona su fealdad.

El periodista alargó la mano, pero Vera se cubrió hábilmente.

—Vas demasiado deprisa, Mac, y yo no soy una chica ligera, aunque me guste divertirme. Y, ahora, si te vas, continuaré mi trabajo.

Coqueteaba endemoniadamente bien, y si había pretendido interesar a Mac, lo había logrado.

—De acuerdo: te esperaré.

Pero ella rió:

—Estás demasiado seguro de que me dejaré acompañar por ti. Pero no hoy ni, quizás mañana. Y ahora... —se había puesto repentinamente seria—. Basta de juego, ¿eh?

Mac gruñó algo entre dientes, y alzó el teléfono para marcar un número con rápidos movimientos. Al otro lado de la línea el zumbador sonó durante largo rato sin que nadie contestara. Cuando colgó, tenía una expresión reconcentrada en el rostro.

—¿Algún problema? —oyó que le preguntaba Vera.

—Hum. Voy detrás de una investigación que me ha encargado el jefe.

—¿Relacionado con *Margie*?

—¿Estás enterada?

—Abro la correspondencia del jefe —explicó.

—Oh, sí.

—¿Has encontrado algo?

—Una foto de *Margie*, si es que es ella la que ha escrito esas «Memorias». Todavía debo comprobarlo.

—¿Y esa llamada se relacionaba con eso?

—Telefoneé al apartamento de Lorna Dee, ése es su nombre; pero no está.

—¿Puedo ver la foto?

Vera se le acercó. Parecía totalmente cambiada, como si unos minutos antes no hubiera jugado con él hábilmente, pero mantenía encendido su atractivo sexual.

Mac la mostró, y la secretaria de Trumbull no pareció reconocerla.

—Sí; es el tipo de mujer que vive todo cuanto narra en sus «Memorias». ¿Dónde la has conseguido?

—En el vestuario del local donde trabaja. Escucha, Vera, puedes

ayudarme decisivamente; he pensado que sería muy interesante si pudiera echar una ojeada al apartamento de Lorna.

—¿Y qué puedo hacer yo? No tengo la llave —ironizó—, y la mía no creo que sirva.

—Pero puedes fingir que eres Lorna. Quizá por teléfono engañes al encargado del edificio. Dile que ha venido tu hermano, de Chicago, y que le abra el apartamento para que pueda entrar; explícale que tienes un compromiso imposible de aplazar por ir a buscarme, pero que regresarás tan pronto quedes libre.

Vera inclinó la cabeza a un lado, meditativamente.

—Eso es un delito.

—¿Quién piensa en eso?

—Yo; si te cogen, querrán saber qué cómplice te ayudó, y...

—No te delataré.

—¿Qué esperas encontrar en ese apartamento?

—No lo sé: pruebas, quizá, de que es cierto lo que relata en sus «Memorias» o, por el contrario, datos que me ayuden a rechazar la historia. Tú sabes lo que nos ocurriría si publicásemos un libelo.

—¿Y vas a arriesgarte tanto, sólo por una orden de Trumbull?

—Trabajo en el periódico, ¿no?

—Pero lo tomas con tanto interés como si fueras a heredarlo. Te arriesgas demasiado, Mac. Si tienes un tropiezo, Trumbull hará poco por sacarte de él.

Pero el muchacho se encogió de hombros y alzó el auricular.

—¿Vas a llamar?

Vera aceptó el aparato y Davis buscó en la guía el teléfono que le interesaba. Acto seguido, la secretaria de Trumbull marcó el número y habló con el encargado del edificio donde Lorna Dee tenía su apartamento.

La conversación fue breve, y, al parecer, sin complicaciones.

—No pareció sospechar, Mac. Dijo que te aguardaría hasta que llegases.



—Hay seis candidatos para un crimen...

El muchacho pellizcó la mejilla femenina y salió del antedespacho.

El edificio era de reciente construcción, y a juzgar por el acceso al mismo, su alquiler podían costearlo solo personas de muy sólida economía.

El vestíbulo de mármol estaba solitario cuando entró en él.

Pisando la recia alfombra, llegó hasta el mostrador donde el empleado de noche le miró críticamente.

—¿El apartamento de Lorna Dee? Soy su hermano, que acabo de llegar de Chicago... He dejado el equipaje en la estación, dado lo avanzado de la hora, por si tenía que lanzarme a buscar alojamiento esta noche. ¿Está Lorna?

—No, pero ha telefonado diciendo que le espere usted arriba.

—Oh, qué amable es Lorna. Siempre cuida todos los detalles.

El encargado salió del mostrador, con una llave en la mano, y precedió a Mac hasta el ascensor. Una vez allí, le dejó pasar primero, y juntos subieron al piso catorce. Una vez en el largo pasillo, pasaron delante de varias puertas antes de detenerse ante una de ellas.

—Hemos llegado.

Mientras éste franqueaba la entrada, Mac buscó un billete, que depositó en la discreta mano del empleado, el cual se hizo a un lado para dejarle pasar.

—Muchas gracias. Espero que mi hermana no me haga esperar demasiado. ¿No le dijo a dónde había ido?

—Supongo que a la sala de fiestas donde actúa, como todas las noches.

—Oh, claro.

Mac entró, con una sombra de preocupación en el rostro. Lorna no había acudido a su trabajo habitual, y sin embargo, tampoco estaba en su apartamento. ¿A qué sería debida la alteración de sus planes de última hora?

Cerró tras sí y se encontró en un aposento a tono con los accesos del edificio. El *living* era de techo bajo, pero no resultaba pesado, debido a la atractiva decoración. Sobre las losas de mármol prensado se extendía una alfombra de césped sumamente confortable. Una falsa chimenea, muy moderna, componía el rincón más grato de la estancia, con el sofá de cuero rojo y los sillones ultramodernos. En el centro una mesita de hierro y cristal sostenía una colección de revistas de gran circulación. En la pared más alejada de la puerta había una estantería con libros, que evidentemente nunca habían sido abiertos, al menos no por Lorna Dee, y a una altura conveniente se veía un tocadiscos automático y un mueble bar.

Había dos puertas en direcciones opuestas. La primera daba acceso a una cocina pequeña, pero muy moderna, con frigorífico de gran tamaño. La otra conducía al dormitorio, que, a su vez, tenía salida a un cuarto de baño en tonos rosas y dorados. La cama estaba hecha y no parecía haber sido utilizada por nadie desde que la arreglaron. Mac abrió el gran armario empotrado y se encontró frente a una desordenada colección de vestidos de todos los colores y modelos, debajo de los cuales encontró dos maletas llenas con las iniciales L. D. entrelazadas. Parecía como si Lorna fuera a emprender rápidamente un viaje.

Abandonó el armario y centró su atención en el tocador. En el primer cajón encontró un grueso sobre con fotos. En todas estaba Lorna, algunas veces mostrando de una forma evidente los indudables encantos de su figura. Estaba cortejada por acompañantes de muy diversa apariencia física. Por lo que se veía, era incapaz de vivir un solo instante sin un hombre a su lado.

La primera foto le llamó la atención. Estaba hecha en aquel mismo apartamento, y su compañero era mi general muy conocido por su cargo en el Pentágono, al frente de las investigaciones nucleares.

Las Memorias de Lorna Dee, que ella había enviado al periódico bajo el pseudónimo de *Margie*, respondían a la realidad.

En ellas se mencionaba al general P. Y Mac tenía en la mano la prueba de aquellas relaciones insinuadas por *Margie*. Una fotografía en la que el general Howard Potter abrazaba el cuerpo cálido, apenas velado por una sutil prenda de nylon, de Lorna Dee.

El relato de «Margie» y aquella fotografía servirían para arruinar la carrera del general.

Mac se dio cuenta de que tenía en las manos algo mucho más peligroso que una bomba. Las restantes fotografías parecían cortadas con el mismo patrón que la primera. No hacía falta ser muy astuto para comprender que habían sido hechas sin que los interesados se percataran de ello, con miras a un chantaje. Con ello, la figura de Lorna Dee quedaba diseñada por completo, así como la de su buen amigo H. B., Henry Brown, por intermedio del cual ella había entrado en las altas esferas neoyorquinas. La falta de escrúpulos de él y la belleza femenina, se habían aliado para crear un siniestro negocio.

En otras fotos reconoció a figuras tan conocidas como el industrial William Chase, el «W. C», de las Memorias de *Margie*, y al actor de televisión Lincoln Noble, el agente de Bolsa en Wall Street, Robert Kress, y el jugador de *base-ball*

, Peter Belmont... La lista era larga, pero el argumento difería muy poco. El negocio de la pareja debía ser muy lúcido, a la vista de aquello. Lo que no parecía lógico era que Lorna hubiera arrojado todo por la borda para publicar en sus Memorias los secretos que, bien administrados, podrían constituir una renta vitalicia.

Recogió las fotos más importantes y las guardó en su bolsillo. Luego pasó al *living* y registró la estantería. Allí, en el escritorio, estaba la máquina con la que había escrito la carta y el resumen de sus Memorias, según pudo comprobar por algunas particularidades en la alineación de las letras. En el fondo halló un tintero con tinta verde y una estilográfica cargada con igual tinta, similar a la de la firma trazada en la carta.

Mac respiró hondo. No cabía duda de que Lorna Dee era la autora de las Memorias, y, sobre todo, que lo que narraba en éstas era cierto.

Su investigación había terminado. A la vista de lo conseguido, Trumbull dictaminaría si aquella literatura escandalosa era digna o no de aparecer en su periódico. Una cosa era cierta: que jamás nadie había llevado a cabo una investigación tan rápida y completa como la que él acababa de realizar.

Cerró los cajones, dejó todo como estaba, y se dispuso a abandonar el apartamento.

En aquel instante sonó el teléfono. Mac vaciló un instante, pero luego se decidió y lo alzó sin responder.

Una voz imperiosa, acostumbrada a dar órdenes, sonó al otro lado de la línea:

—¡Cielos, ya era hora de que te encontrase, Lorna! He llamado cien veces al club y a tu apartamento sin localizarte. ¿Dónde has estado? ¿Por qué no has venido a Lonely Terrace, como convinimos? Ya sabes que debíamos salir juntos para Washington, después del fin de semana.

Mac, lentamente, devolvió el auricular a la horquilla. Había oído lo suficiente y no le convenía que el general Potter se alarmara

demasiado pronto. Convenía mucho más dejarle pensar en una caprichosa reacción femenina.

Apagó las luces y salió del apartamento, mirando hacia atrás para comprobar que todo quedaba como lo había encontrado.

No vio por eso la sombra que de pronto se materializó a su espalda. Sólo notó un jadeo tras él, y acto seguido, un fuerte golpe en la cabeza.

Ni siquiera supo cuándo chocó violentamente contra el suelo.

CAPÍTULO V

Tuvo la sensación de no estar inconsciente más que unos pocos minutos, pero aun así, se encontró demasía de dolorido para moverse con rapidez. El golpe había sido muy duro, o su cabeza no estaba hecha para soportar tales caricias. Mac se incorporó penosamente y se apoyó en la misma puerta que acababa de cerrar. Cerró los ojos y se pasó la mano por el sector de su cabeza que había recibido la ruda evidencia de que alguien le vigilaba.

El pasillo silencioso no parecía amenazador. No, al menos, después de la agresión sufrida. El que le había golpeado no tenía deseos de matarle, pues había permanecido a su merced durante un tiempo que en aquel instante se veía incapaz de precisar. No era su vida, por tanto, lo que le interesaba.

Un ascensor descendía en aquel instante. Mac se introdujo en él con un esfuerzo y se dejó arrastrar hacia la planta baja. Deseaba encontrarse cuanto antes en su apartamento para aplicarse unas compresas de agua fría y tumbarse en la cama, a fin de recobrar fuerzas.

Llegó al vestíbulo del edificio y empujó las bien engrasadas puertas del ascensor que se deslizaron sin ruido. Antes de cerrarlas oyó unas voces que procedían del recodo del vestíbulo del edificio, donde estaba el mostrador de recepción. El encargado hablaba con alguien y parecía excitado.

—¡Les digo que hay algo en esto que no me gusta! Es verdad que llamó la señorita Dee por teléfono, y que luego llegó él, pero ¿quién me asegura que no era otra mujer la que me telefoneó? Bien pudiera ser una pareja de ladrones que han ideado este procedimiento...

Una voz brusca y autoritaria, la de un policía sin duda, le cortó

sin contemplaciones:

—¡Está bien! No perdamos más tiempo. Díganos qué apartamento es el de esa Lorna Dee y nosotros comprobaremos la historia de ese tipo.

—¡Yo les acompañaré!

Mac tuvo el tiempo justo de meterse en el ascensor y pulsar un botón al azar antes de que el empleado y los policías se pusieran en movimiento. Apenas rebasó el límite de visibilidad desde el vestíbulo, abrió la puerta interior de la caja y el ascensor se detuvo antes de llegar al primer piso. Con la luz apagada aguardó, esperando que saliera bien su treta.

—¡Maldito ascensor! —oyó que gruñía el encargado—. ¡Otra vez se ha atascado entre dos pisos! Mañana tendré que llamar a los mecánicos.

Un policía apremió:

—Bueno, aquí hay otro, ¿no? Vamos, no perdamos el tiempo.

—Oh, por supuesto.

Mac escuchó el ruido de los tres hombres al meterse en el segundo de los ascensores y el suave siseo de éste al lanzarse hacia el piso donde Lorna tenía su apartamento.

Cuando el elevador con el empleado y los policías estuvo arriba, Mac cerró la puerta del suyo y pulsó el botón de bajada.

Con un suspiro de satisfacción, comprobó que no había nadie en el vestíbulo, y sin perder un segundo, salió a la calle. Frente a la puerta estaba el coche patrulla. El conductor le miró distraídamente. Mac adoptó el aire reposado del inquilino que no lleva prisa. Eso sí, accidentalmente volvió el rostro para que el chófer no viera sus facciones, y caminó hacia la esquina. Una vez la hubo rebasado, corrió hacia un taxi que circulaba a gran velocidad. El vehículo se detuvo con un chirrido de frenos, y Mac saltó al interior del mismo, sin perder un segundo.

Cuando dio al chófer la dirección de su apartamento, se recostó en el mullido asiento e instintivamente palpó el bolsillo de su chaqueta donde había guardado las fotos de Lorna Dee, con sus acompañantes.

Pese a su malestar, lanzó tan sonora interjección que el conductor se volvió a medias, con aire asustado, temiendo haber interpretado mal las órdenes de su cliente. Pero Mac no le miró

siquiera, ensimismado en la búsqueda de unas fotos que sabía no iba a encontrar en los demás bolsillos.

Ahora estaba clara la razón de la agresión sufrida. La persona que le había golpeado al salir del aposento de Lorna, había tenido razones muy poderosas para hacerlo. Aquellas pruebas gráficas tenían demasiado valor, y cualquiera de los hombres que habían acompañado a Lorna en aquellos instantes de intimidad habrían pagado una fortuna por impedir que cayeran en poder de un periodista.

Se recostó en el mullido asiento y cerró los ojos para recobrar una serenidad que, si se alteraba, repercutía en la herida de la cabeza.

A su mente acudían las preguntas en tropel. Lo ocurrido hasta entonces revelaba que Lorna se estaba escondiendo de él. Había cancelado su compromiso con el club nocturno, pretextando una indisposición, pero no estaba en su apartamento, como hubiera sido lógico, ni tampoco había acudido a la cita con el general Potter, en Lonely Terrace. Alguien, sin embargo, le había seguido hasta el apartamento de la estrella para arrebatarse las fotos por medios violentos.

¿Quién había avisado a Lorna y quién era su agresor?

El taxi frenó junto al bordillo, y Mac reconoció, a través de la ventanilla, el edificio donde tenía su vivienda. El chófer se volvió, obsequioso, por encima del asiento delantero.

—Hemos llegado. ¿Se encuentra bien, señor?

—Por supuesto.

Pagó la carrera y entró en el edificio. Una vez en su apartamento, Mac se quitó la chaqueta y pasó al cuarto de baño, donde preparó una rudimentaria compresa de agua fría, sirviéndose de una pequeña toalla. Con ella sobre el lugar donde había recibido el golpe, regresó al *living* y telefoneó al periódico. La voz eficiente de Vera King respondió al otro lado de la línea.

—¿Todavía te tiene esclavizada nuestro jefe?

La muchacha se alegró al oír su voz.

—¡Mac! ¿Cómo te fue?

—Todo bien hasta que alguien decidió probar la solidez de mi cráneo con algo que supongo era una pistola.

—¡Mac! —exclamó la muchacha—. ¿Estás bromeando?

—Si pudieras verme con una toalla húmeda en la cabeza, comprobarías que no gasto energías por capricho. ¿Y el jefe?

—No ha aparecido.

—¿Has averiguado algo nuevo?

—¡Y tanto! Había conseguido, incluso, pruebas de que la historia de Lorna Dee, nuestra amiga *Margie*, era cierta. En su apartamento guardaba una sabrosa colección de fotografías con los héroes de sus historias, pero el que me golpeó lo hizo con el exclusivo propósito de quitármelas...

—¿Quién puede haberlo hecho?

—No sé. Alguien que estaba enterado de que yo andaba tras las huellas de Lorna.

—Pero ¿quién sabe qué investigas eso?

—¿Y cómo ha sabido Lorna eso mismo?

—¿Quieres decir que ella conoce que andas olfateando sus asuntos?

—¿Qué otra cosa puedo pensar, si ha fingido estar indispuesta para no ir al club y tampoco se encuentra en su apartamento? Decididamente, se está escondiendo de mí.

Vera chasqueó la lengua en su despacho.

—El golpe te ha trastornado, Mac. No creo que Lorna se esconda. ¿Por qué habría de hacerlo? Fue ella precisamente quien nos envió sus Memorias con objeto de vendérmolas. Tiene que estar lógicamente interesada en mantener una entrevista de negocios con un representante del periódico.

—Es una buena deducción, Vera —admitió Mac, conteniendo un gemido de dolor—. Pero el caso cierto es que ella ha desaparecido. Incluso no acudió a una cita que tenía con el general Potter. En fin, voy a colgar para dedicar mis ya escasas energías a curar mi dolorida cabeza. Si aparece el jefe, comunícale mis hallazgos, pero hasta que yo no de señales de vida, dejadme dormir. Creo que me pasaré una semana en la cama.

Colgó y pasó al cuarto de baño. Por el camino fue desnudándose, de tal modo, que cuando llegó había dejado sus ropas en el trayecto. Una vez en la bañera llena de agua tibia, se relajó y entrecerró los ojos. Las sales disueltas en el agua actuaban como dulce sedante que desentumecía sus músculos. La inflamación de la cabeza pareció remitir, y cuando se encontró envuelto en una gran

toalla, frente al espeje del lavabo, preparó los útiles para confeccionarse un apósito que fijó sobre la herida, una vez desinfectada. Tal y como estaba, sin molestarse en buscar un pijama, se metió en la cama, y antes de apoyar la cabeza en la almohada, se encontró dormido.

El sueño que siguió se parecía a una pesadilla, por lo agitado y agotador. El timbre del teléfono sonó de improviso, salvándole como si fuera el «gong» cuyo sonido diera una nueva oportunidad a un púgil «groggy».

Sacó un brazo de entre las sábanas y la mano unida a su extremo tanteó el espacio en busca del receptor. Con dificultades pudo llevárselo a la oreja, aunque no logró articular, de momento, palabra alguna. La voz excitada de Vera King apremió en el amplificador:

—¡Mac! ¿Eres tú? ¿Puedes venir a mí apartamento? ¡Es urgente! Mac Davis consiguió despegar los labios.

—¿Qué diablos ocurre, Vera? Te dije que no me molestaras.

—Lo siento, Mac. Ven ahora.

—Pero...

—¡No tardes!

Colgó. El muchacho soltó un taco, sin molestarse en devolver el auricular a la horquilla, deseando íntimamente que llegara a oídos de la secretaria de Trumbull. ¿Qué podía ocurrírsele a aquellas horas?

Dio media vuelta y trató de cerrar los ojos en la oscuridad y olvidarse del urgente mensaje, pero su engranaje cerebral había empezado a funcionar. Vera le había llamado de madrugada y su voz estaba excitada. Ella nunca le hubiera molestado por algo sin importancia. Mac se irguió en el lecho y trató de imaginar qué podía haber sucedido, pero lo único que acudía a su imaginación era la prieta figura de la joven, con una biología siempre en ebullición. Una excursión a su apartamento, en semejantes condiciones, nunca podía resultar un fracaso.

Sacó los pies de la cama y los posó en la alfombra. No encendió la luz hasta encontrar su ropa interior.

El agua fría del lavabo le despejó lo suficiente, y una aspirina y un trago de *whisky* pusieron en funcionamiento el delicado mecanismo de su cuerpo. El analgésico y el alcohol, combinado con

el prolongado baño antes de acostarse, realizaron el milagro de proporcionarle unas energías extra que estaba bien lejos de sospechar.

Tenía en su agenda la dirección de Vera, con la vaga esperanza de lograr algún día una cita como aquélla. Mientras pulsaba él timbre de la puerta de la muchacha, se arregló el nudo de la corbata y buscó una sonrisa que resultara pasable. Olvidó sus esfuerzos, sin embargo, cuando Verá le abrió.

Su rostro no era el de una muchacha presta a un encuentro galante. Estaba contraído y pálido, aterrado. Mac entró sin saludar siquiera, y cerró tras sí. Únicamente entonces preguntó:

—¿Qué ocurre?

Ella señaló la puerta cerrada de otra habitación, y aquel gesto bastó para que se deslizara la bata de seda que la cubría. Debajo no había más que una prenda sutil que hacía aún más hermosa la visión del cuerpo femenino.

—Entra, por favor.

Cruzó Mac la puerta y se detuvo en el umbral.

Hundido en una calzadora tapizada de rosa, estaba John Trumbull, el director del periódico. Tenía muy mal aspecto, más pálido y frágil que de costumbre. Mac se volvió hacia Vera.

—¿Hacía falta un testigo para obligar al jefe a afrontar su responsabilidad?

Vera sacudió la cabeza y sus cabellos oscuros oscilaron sobre sus hombros.

—No saques consecuencias demasiado rápidas. No es nada de lo que te imaginas. El señor Trumbull vino pidiéndome protección.

—¿Frente a quién? ¿Qué peligro le amenaza, John?

El director levantó la cabeza y le miró por vez primera, parpadeando, como si estuviera deslumbrado.

—Es una historia larga, Mac. ¿Quiere escucharme?

—Supongo que me han llamado para eso.

Vera se movió tras él.

—Prepararé algo de café. Siéntate por ahí.

El muchacho se dejó caer a los pies de la cama y miró a su jefe.

—Usted parecía ayer tarde muy satisfecho y feliz. ¿Qué le ha hecho cambiar?

Trumbull se pasó la mano por el rostro y empezó:

—De acuerdo con el plan que trazamos para averiguar qué había detrás de las Memorias de *Margie*, redacté el anuncio, que ella indicaba en su carta y lo envié al taller para que apareciese en la edición de hoy. No obstante, al poco rato recibí una llamada telefónica.

—¿De *Margie*?

—Exacto. Le pregunté cómo había tenido conocimiento de que iba a publicar el anuncio, pero me dijo que las cosas se habían precipitado y que, puesto que suponía que el asunto me interesaba, deseaba negociar conmigo.

—¿Qué le respondió usted?

—Traté de escurrir el bulto, ya puedes imaginar que con la intención de obtener unas condiciones más ventajosas. Ella parecía muy interesada en ultimar la operación y yo vi la posibilidad de que rebajara sus aspiraciones.

—¿Llegó a un acuerdo?

—No. Me dijo que se imponía una entrevista personal y me citó.

—¿Dónde?

—Fue algo complicado. Me dijo que estaba, vigilada y que quería asegurarse de que nadie más que nosotros dos estaríamos presentes en la reunión.

—¿No especificó a quién temía?

—No. Sólo aseguró que alguien la vigilaba para que no hablase. Por eso me pidió que fuera al hotel Richmond, donde debía presentarme con el nombre de Matt Everson y pedir la llave de la habitación que mi secretaria me había reservado.

—¿Lo hizo usted?

—Sí. Según *Margie*, tenía que subir a esa habitación y mirar en el cajón de la mesilla de noche donde ella habría dejado nuevas instrucciones.

—Y usted se presentó en el hotel Richmond y obedeció punto por punto las indicaciones de *Margie*.

—En efecto. Una vez en la habitación, abrí el cajón que ella había precisado y encontré un sobre cerrado. Dentro había una llave y una nota en la que me decía qué abandonara el hotel Richmond por la escalera de incendios, aprovechando que la habitación estaba situada en el tercer piso, y que a pie, sin tomar taxi alguno, fuera al hotel Regie, situado detrás del primero, y para

llegar al cual tenía que atravesar unos solares despoblados.

—¿Obedeció usted?

—¿Qué otra cosa podía hacer? Me interesaban esas Memorias.

—Así que usted llegó al hotel Regie. Bien, ¿qué ocurrió después?

—El hotel Regie es uno de esos establecimientos equívocos, cuya escalera de acceso a los pisos está situada de tal forma que el encargado no puede ver quién entra o sale. Cómo puede apreciar, la base de su negocio está en la discreción y no hay mayor sigilo que la ignorancia. Ningún empleado del hotel se deja ver a menos que sea requerido expresamente o algo anormal suceda. El que desea una entrevista secreta sólo tiene que encargar la habitación y pedir la llave, pagando por adelantado. Esa llave puede usted darla a la persona que le interese, y esa persona tendrá la seguridad de llegar a la habitación donde usted la espera, sin que nadie la sorprenda por el camino.

—Un antro muy propio para una trampa. Siga, John.

El director del periódico se estremeció.

—¿Ha dicho trampa?

—Sí, eso es lo que le ha ocurrido a usted, ¿verdad? Está hasta el cuello metido en un feo asunto. ¿Me equivoco?

Trumbull escondió el rostro entre las manos y se estremeció.

—Ejem... Creo que tiene razón, muchacho.

—Cuanto antes lleguemos al final, más pronto sabremos lo que conviene hacer. Abrevie.

Su director retiró lentamente las manos del rostro y le miró.

—Hice uso de la llave, siguiendo la indicación de la placa que colgaba de ella. La chapa de latón especificaba que la llave pertenecía a la habitación 580, eso quiere decir que estaba situada en el quinto piso. Subí, introduje la llave en la cerradura y entré.

—¿Había alguien?

—No. Estaba vacía, con excepción de los muebles. Aguardé durante casi una hora, fumando y paseando. Al cabo de ese tiempo tenía las manos empapadas en sudor y pasé al cuarto de baño para lavármelas. Entonces comprobé que el baño era común para dos habitaciones y que la puerta de comunicación con el otro dormitorio estaba entreabierta.

—Y usted la terminó de abrir.

Vera había regresado con una cafetera humeante.

—Sí.

—¿Qué había dentro? ¿Estaba *Margie* allí?

Trumbull asintió.

—¿Muerta? —insistió Mac.

El director del «New York Free Press» asintió, intensamente pálido.

Vera escanció café en las dos tazas que había traído y puso una entre las manos de su jefe. Mac cogió la otra, pero no pareció dispuesto a tomar la cargada infusión, por el momento.

—¿Qué hizo usted, John?

—Huí. Supongo que hice una tontería, pero me asusté y eché a correr. Anduve vagando por ahí, sin atreverme a regresar a mi apartamento hasta que me acordé de Vera y vine... Necesitaba alguien de confianza en quien depositar mi temor para ordenar mis pensamientos.

—Y Vera pensó que yo podría darle alguna solución.

Trumbull asintió. La muchacha dirigió a Mac una mirada desamparada, pidiéndole protección.

—Hubiera sido mucho más sensato avisar a la policía. Y aún estamos a tiempo —dijo a la par que se dirigía al teléfono.

Pero su director saltó sobre él, impidiéndoselo.

—¡No! ¡Eso no!

—Piense un instante, John. La policía tiene medios para descubrir muchas cosas, y si averigua que usted estuvo allá, le costará entonces mucho más explicar lo que ahora no se atreve.

—No van a creermé, Mac. Deje todo aquello repleto de huellas, y además... hay algo.

—¿Le vieron entrar o salir?

Trumbull asintió, mordiéndose los labios.

—El vigilante nocturno estaba a la puerta del hotel, fumando. Me vio entrar y luego se sorprendió mucho cuando salí a toda prisa.

—¿No dice que era un hotel cuya característica principal es que nadie vigila los movimientos de sus huéspedes?

—Entonces no pensé en eso, pero ahora... Temo que me llevaron a una trampa, Mac.

—Brillante idea descubre usted ahora. Sencillamente, han intentado cargarle el muerto, John. Y ahora, dígame: ¿entró en la habitación donde estaba el cadáver?

—Sólo a medias.

—¿La reconoció?

—Creo que... no la había visto nunca.

—¿No está seguro?

—Usted ya sabe cómo son esas muchachas: muy hermosas, con idénticos «maquillajes» y rasgos similares. Hermosa, sí, y con el cabello suelto sobre los hombros.

—¿Cómo la habían matado?

—Con una pistola que estaba allí, junto a ella.

—¿La tocó usted?

—Creo... creo que no.

—¿No está seguro?

—Me puse muy nervioso... Imagínese, no esperaba aquel hallazgo.

—Sí, supongo que no es muy corriente tropezar con cadáveres en las habitaciones de los hoteles. ¿Era *Margie*?

—Sí. Ella era.

—¿Cómo lo sabe?

—Tenía en la mano un fragmento de sus Memorias que alguien había pretendido arrebatarme, rasgándose las hojas. Identifiqué las Memorias fácilmente.

—¿Qué decía en ellas?

—No sé, no me fijé. Pensaba examinarlas más tarde.

Mac casi saltó.

—¿Quiere decir que se llevó ese fragmento?

—Sí.

—¿Se ha cansado de vivir, John? Si es así, hay otros medios más cómodos de quitarse la vida. Veamos esas hojas, enseñemelas. Y también la nota que le dejó *Margie* en el hotel Richmond, junto con la llave del hotel Regle.

Trumbull movió la cabeza; desoladamente.

—Me deshice de esas pruebas. Pensé que guardarlas era demasiado peligroso, por la evidencia que constituían.

El muchacho paseó por la habitación, furiosamente.

—Vaya, teme guardar unos papeles, y no duda en llenar de huellas la habitación del hotel. No le suponía tan estúpido, John.

—Es muy fácil para usted hablar así, pero cuando dejé esas huellas no suponía que iba a encontrar el cadáver de *Margie*, y

luego me puse demasiado nervioso para pensar en otra cosa más que en huir.

—¿Por qué se asustó tanto?

—¿A usted no le impresionaría tropezar con el cadáver de una mujer en una habitación de hotel?

—Nunca he sufrido esa experiencia, pero imagino que habría ideado algo para librarme de las complicaciones que pudieran, derivarse de esa fatalidad. Por el contrario, usted no ha hecho más que acumular cargos en su contra.

Vera se acercó al muchacho y le posó la mano en el brazo.

—Ya está suficientemente abrumado, Mac. Lo que él necesita es una solución, no recriminaciones.

—Mi consejo es que llame a un abogado, y acompañado por él, se presente en la Brigada de Homicidios.

—Eso no puedo hacerlo.

—Otra solución es encontrar al verdadero asesino.

La mirada de Trumbull, le reveló sus íntimas aspiraciones.

—No, John —se apresuró a rechazar el muchacho—. Yo no soy detective ni...

Iba a decir que no tenía nada que ver con el asunto, pero se contuvo.

La voz de Vera llegó, persuasiva:

—Trata de hacer algo, Mac... Eres un hombre de recursos. Tienes amigos en todas partes. Sólo tú podrías lograr algo así. Habla con tus amigos, los de la Brigada de Homicidios o contrata al detective que creas más idóneo para el caso. La vida del jefe está en tus manos.

Mac encendió un cigarrillo y bebió un trago de café.

—¿No tiene nada más que añadir a su historia, John?

—Le he dicho toda la verdad. Ya sé que resulta increíble, y por eso la policía no aceptaría mi versión de los hechos, pero no tengo motivos para mentir.

—¿No vio a nadie en la habitación donde estaba el cadáver? ¿O algún objeto o dato que le permita suponer la identidad de quien mató a esa muchacha?

—Nada, en absoluto. Pero aunque hubiera algo significativo, yo no lo habría visto. Ya le dije que salí tambaleándome, sin saber apenas dónde estaba.

Mac se recostó en el brazo de un sillón.

—Creo que sé el motivo por el cual *Margie* o Lorna Dee, que éste era su verdadero nombre, ha sido asesinada. En sus Memorias hay una buena cantidad de candidatos para cargar con esa responsabilidad.

—El fragmento que yo conozco sólo contiene iniciales, que posiblemente son falsas.

—Por el contrario, Lorna no las enmascaró. He averiguado muchas cosas acerca de ella en estas últimas horas. Estuve en el «Tritón», donde habitualmente actuaba, pero no fue a trabajar. Como usted ha dicho, Lorna parecía huir de alguien, sólo que ese alguien debió alcanzarla en el hotel Regie, justo antes de que usted llegara.

Trumbull se mesó, una vez más, los escasos cabellos.

—¡Tuvo que matarla alguno de sus amantes!

—Posiblemente eran algo mucho más grave que amantes: tengo razones para suponer que todos ellos eran víctimas de chantaje.

—¿Chantaje?

—Claro. ¿Imagina qué no harían esos galanes por silenciar a quien les amenaza con destruir su posición social?

—Usted parece conocer la identidad de esos individuos.

—Así es. Encontré en casa de Lorna una serie de fotografías que valía mucho más que su peso en oro. En ellas, Lorna se veía en brazos de esos personajes, en actitudes notoriamente íntimas.

—¿Quiénes son? —preguntó Trumbull, anhelante.

—El general Howard Potter, de la Comisión Nuclear del Pentágono; el actor de la televisión Lincoln Noble; el agente, de Bolsa, Robert Kress, el industrial William Chase, y por encima de todos, Henry Brown, el hombre que ha estado *administrando* los servicios de Lorna.

El director del periódico apretó los puños.

—¡Valiente chusma!

—¿Conoce usted a alguno de ellos?

—Sí. Cualquiera sería capaz de matarla si ella les amenazó su equilibrio social. Y esas Memorias hubieran dado al traste con la vida de todos. A ver, enséñeme esas fotos.

—Al salir del apartamento, alguien me aguardaba allí y me golpeó. ¿No se lo dijo Vera? Mucho más tarde, me di cuenta de que

lo habían hecho para quitarme las fotos. Ahora ya supongo que quien me golpeó fue el asesino que había acudido al apartamento de Lorna para destruir todas las pruebas que pudieran relacionarle con esa muchacha. Al verme salir, no tuvo mejor idea que golpearme para averiguar qué había ido a hacer allí. El hecho de que no me denunciara a la policía o avisara al encargado del edificio expresa claramente que no le interesaba que nadie supiera su presencia allí.

Vera se ciñó la bata, cerrando el escote, pero al cruzar las piernas el suave tejido se deslizó, mostrándolas por un momento. Mac, a pesar de que estaba distraído, tuvo ocasión de comprobar que eran largas y rectas, y qué prolongados baños de sol habían logrado un bronceado uniforme.

—Hay seis candidatos para un crimen, Mac —dijo—. ¿Con cuál te quedas?

Se puso en pie el muchacho y aplastó el cigarrillo contra un cenicero.

—Va a ser interesante rascar un poco en la vida de esas personas, y, sobre todo, comprobar dónde han estado a la hora del crimen.

Caminó hacia la puerta, pero antes de llegar a ella, Trumbull le alcanzó.

—¿Va a ayudarme, Mac?

—Veré lo que puedo hacer.

—¡Tiene que sacarme de esto! ¡Soy inocente, Mac! ¡Se lo juro! ¡Nada tengo que ver con la muerte de esa muchacha!

—No es preciso que jure nada, John. Usted no tenía motivo alguno para asesinarla. Por el contrario, le interesaba que siguiera viviendo, al menos hasta que le entregara el manuscrito completo de las Memorias.

El director del «New York Free Press» bajó la cabeza y lanzó un suspiro. Mac salió del apartamento y fue hasta el ascensor, cuyo botón de llamada pulsó. Antes de que llegara al piso, oyó los pasos suaves de Vera en el rellano.

—Haz todo lo que puedas —pidió ella.

Enarcó el muchacho las cejas.

—¿Tanto te interesa el viejo, Vera? —había burla en su expresión.

—Me da lástima. Le veo tan indefenso...

Mac se metió rápidamente en el ascensor. No le agradaba la idea de que Vera se interesara por un hombre como John Trumbull.

CAPÍTULO VI

Con el desayuno, el camarero le llevó a la mesa el periódico, como cada día. Mac ya esperaba lo que vio, Bajo la cabecera del «New York Free Press», el redactor jefe había titulado, a media página:

ESTRELLA DE STRI
PT-EASY
ASESINADA
EN HOTEL EQUIVOCO

Y debajo la foto del cadáver, caído al pie de una cama metálica, con el rostro vuelto hacia la alfombra. Era Lorna Dee, según podía recordar de las fotos halladas en el apartamento de la muchacha. La policía, sin embargo, la había identificado, y el redactor encargado del suceso daba los demás detalles. Ya habían averiguado que no había ido a trabajar la noche anterior al «Tritón», y que alguien se introdujo en su apartamento, haciéndose pasar por su hermano.

Mac pensó que el asunto tomaba una fea derivación. Trumbull no había tenido más remedio que publicar aquella información, si no quería levantar sospechas, dado que su periódico estaba especializado en menús condimentados con salsas similares.

Alguien corrió una silla al otro lado del periódico, y Davis bajó éste para tropezarse con los ojos grises del teniente Herford.

—Sabía que te encontraría aquí, Mac, El hombre es un animal rutinario.

—¡Hola, teniente! —saludó el periodista, esbozando una sonrisa—. No sabía que usted era asiduo de esta cafetería. ¿Ya ha

desayunado? Acompáñeme.

Herford apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos a la altura de sus labios. Durante dos minutos le miró en silencio, tan inmóvil como si estuviera hipnotizado.

—Ya sabes que Lorna Dee ha muerto —empezó con tono monótono, como si le aburriese horrores su oficio—. Al menos, lo sabes por el periódico que lees.

—Sí. Una chica algo... alegre, quizá. ¿Está encargado del asunto?

—Por el momento. ¿Qué hay de ella, Mac?

—No comprendo...

El teniente sacudió la cabeza en gesto reprobatorio.

—¿Cuánto hace que nos conocemos? —No le dejó responder y continuó—: Tres años, cuando menos. Yo era sargento por entonces. Te conozco bien y tú a mí, y sabes que nunca doy un paso, si no estoy absolutamente seguro. ¿De verdad crees que no es posible relacionarte a ti con Lorna? Es todo muy elemental. Lo primero que hacemos cuando encontramos un cadáver es averiguar su identidad. Es tarea fácil cuando se trata de una chica como Lorna Dee. Entonces buscamos a su agente, que resulta ser Alden Weecks. Éste nos dice que ella trabajaba en el «Tritón», y su secretaria, una tal Rose, nos informa, no sin rencor, que tú estabas ayer tarde muy interesado por Lorna. Vamos al «Tritón» y allí sabemos que el tipo de esta foto —siguió, mostrando una foto en la que Mac Se reconoció—, anduvo, haciendo preguntas sobre esa chica. Convoy, el administrador, te recuerda muy bien, y lo mismo Kelly, un camarero que además confiesa que te dejó entrar en el aposento de ella. Si a ello añadimos un parte de una patrulla móvil que informa han sido llamados esta madrugada por el empleado de un edificio que sospechaba de un individuo que se dijo hermano de Lorna Dee y que entró en el apartamento de ella... pero que no estaba cuando llegaron los policías... y si además el encargado te identifica en la foto, verás cómo tengo razones muy serias para preguntarte: Mac, ¿qué hay de Lorna Dee?

La parrafada, larga, dura y serena, dejó al periodista sin aliento. Herford trabajaba endemoniadamente bien, siempre lo había dicho, y ahora tenía pruebas para demostrarlo.

—¿Va a acusarme, teniente?

—Si lo hiciera, tendrías los adornos en las muñecas. Vamos, hombre, suelta lo que sea, y no me hagas perder más tiempo.

Bebió café antes de contestar:

—Es cierto. Está mejor enterado que yo de mis asuntos. Pero voy a decirle algo, teniente. Nunca he visto a esa chica, ni viva ni muerta. Sólo conozco de ella sus fotografías, el interior de su apartamento, y un fragmento de Memorias que, de publicarse, provocarían la mina de numerosas personas. ¿Me cree?

—Dime por qué la buscabas.

—Ya puede imaginarlo. Ella nos ofreció esas Memorias, escudándose en el nombre de *Margie*, y nosotros, antes de aceptarlas o rechazarlas, quisimos cerciorarnos de que decía la verdad: no nos gustan los libelos.

—¿Y qué has averiguado?

—Que todo era cierto: las iniciales con las que ocultaba los nombres de sus amigos, corresponden a nombres verdaderos y... conocidos, y además, hay unas fotos que... bastan para asegurar que lo que ella escribió era sólo un pálido reflejo de la realidad.

—¿Dónde están?

—En mi bolsillo anoche, cuando salía de su apartamento. Pero allí me aguardaba alguien y... vea lo que me hizo —terminó, mostrándole el parche de su cabeza.

—Y te quitó las fotos.

—Cierto.

—¿A quiénes se veía en ellas?

—Al general Howard Potter, a William Chase, a Lincoln Noble, a Robert Krees y a Peter Belmont. Creo que ya los conoce.

—¿Nadie más?

—Bueno, en el aposento del «Tritón» recogí una en la que Lorna Dee estaba con Henry Brown, que, siempre según las Memorias, es quien le puso en contacto con estos otros caballeros, en el transcurso de algunas fiestas.

—¿No te olvidas de alguien, Mac?

—No. ¿Por qué esa reticencia?

—No me has dicho toda la verdad, muchacho, y eso puede ponerme furioso.

El joven se encogió de hombros con aspecto desolado.

—Siempre jugué limpio con usted, teniente. Somos amigos de

antiguo, ¿no? Jamás le, pondría obstáculos.

—Quizá en esta ocasión proteges a alguien.

—Le aseguro que no.

—Piénsalo bien, Mac. Luego podría ser tarde. Una declaración verídica y bien intencionada a tiempo disipa sospechas. Las mentiras, por el contrario, provocan la máxima desconfianza en la policía, aunque luego pretendas justificarte.

Mac sostuvo la dura mirada del teniente. Sabía que éste pisaba terreno firme, pero no podía delatar a Trumbull.

—Le doy mi palabra de honor de que ni en las Memorias qué yo he leído, ni en las fotos que vi, encontré otros nombres que los que le he dicho. Es más, en los fragmentos de su Diario que nos fue enviado, no se citaban todos los nombres que le he dicho, pero las fotos que hallé eran concluyentes, y yo reconocí a las personas que figuraban en ellas.

Herford se puso en pie.

—Ya has terminado el desayuno, Mac. Vámonos.

El periodista arqueó las cejas.

—¿Habla en plural?

—Sí, me acompañas.

—¿Detenido?

—No. Tenemos que continuar nuestra charla en mi oficina. Necesito una declaración en regla, firmada por ti. De esa forma, si no has dicho la verdad —sonrió mefistofélicamente—, tú mismo te pillarás los dedos.

Le aguardaba un coche oficial, junto al bordillo. Ambos entraron en el departamento posterior, y aún no se habían acomodado en el asiento, cuando el chófer arrancó velozmente. Mac intentó proseguir la conversación, tratando de sonsacar al policía, pero éste se cerró en un serio mutismo que no rompió ni un solo instante. Cuando llegaron a la Comisaría, Mac intentó romper el hielo:

—Bueno, teniente, seré un buen chico, pero antes déjeme llamar por teléfono.

—Eso es imposible. ¿No tienes nada que añadir, Mac?

El muchacho vaciló un instante. Si decía algo, Trumbull caería, y su sentido de la lealtad no le permitía hacerlo. La cuestión estaba en saber hasta dónde había llegado Herford en sus averiguaciones. Una cosa parecía cierta: no sabía nada de Trumbull, o no le obligaría a

hablar hasta ese extremo. Su olfato policíaco, sin embargo, le decía a Herford que el joven periodista sabía algo más de lo que había revelado, y estaba dispuesto a exprimirlo hasta hacérselo soltar. La situación se convertía, por tanto, en una partida de póker: el que más aguantase, vencería.

—En absoluto. Se lo he dicho todo.

—Lo celebro. Sígueme.

Herford fue delante y dobló un recodo. Mac se situó a su lado.

—Eh, teniente, su despacho ha quedado atrás. ¿O es que le han ascendido de categoría?

El policía no respondió y descendió unas escalerillas que conducían a la sección de celdas. Mac sintió un escalofrío en la espalda. Herford hizo una seña al agente uniformado que guardaba la puerta de acceso, y éste la abrió. Hacía frío allá abajo. Un frío húmedo que se adhería a la piel, acongojando a cualquiera.

El agente trotó ante ellos y se detuvo ante una puerta con una mirilla de barrotes. Herford la señaló.

—Echa una ojeada dentro, Mac.

El muchacho lo hizo y dio un respingo al reconocer en la menuda figura del hombrecillo sentado en el borde del catre a John Trumbull.

—¿Qué significa...? —empezó.

—Sólo una cosa, Mac. Simplemente, que John Trumbull era el esposo de Lorna Dee.

CAPÍTULO VII

El mecanógrafo terminó de escribir la declaración, y el teniente Herford, después de repasarla, situó la hoja ante Mac.

—Ya puede retirarse, Peters —dijo a su subordinado que inmediatamente se levantó de la máquina y desapareció, dejándoles solos en el despacho. Luego el teniente se volvió hacia el muchacho —: No me negarás que jugué limpio contigo, Mac. Muy limpio. Te mostré todos mis triunfos antes de permitir que te hundieras en el cieno, con tu jefe.

El muchacho tenía la boca pastosa y amarga. Aunque nada de lo que hubiera hecho habría beneficiado a su jefe, se sentía desleal por haber revelado exactamente cuanto Trumbull le había confiado la noche anterior en el apartamento de Vera King.

—Fírmalo, Mac. Eso te situará fuera del problema... hasta que el fiscal, te llame a declarar en el juicio.

—¿Y Trumbull?

—Es culpable.

El muchacho negó:

—No... No puede ser, teniente.

—¿Basas en algo sólido tu defensa?

—No, pero conozco a John. Él no haría una cosa semejante. No tenía motivos.

—¿No? —El teniente sonrió, satisfecho. El caso estaba prácticamente terminado para él—. Examina la situación, Mac. John Trumbull dirige el «New York Free Press», un periódico escandaloso, y de pronto se encuentra al borde del abismo porque su esposa, de la que hacía tiempo estaba separado, no solamente se había convertido en estrella frívola, sino que además era una cortesana de altos vuelos, complicada en un sucio asunto de

chantaje a notorias personalidades. Trumbull sabía que tan pronto un periodista olfateara la noticia, él estaría arruinado, pues son muchos los que darían media vida por hundirlo. Debes reconocer que tu jefe, con su puritanismo al servicio del periodismo negro, se había hecho acreedor al odio de muchas personas que habían visto sus trapos sucios aireados por las campañas del «New York Free Press». Lorna Dee, sin duda, quiso aprovecharse de la situación y sacarle dinero a su marido. Para ello le envió ese fragmento de sus Memorias. Si Trumbull no las compraba, para no publicarlas, ella las vendería a otro diario, con el resultado ya conocido para tu jefe. Trumbull tenía que pagar... o matarla. Y la mató. Indudablemente, obró con precipitación, en un momento de furor, y luego se asustó de lo que había hecho; huyendo con precipitación.

—¿Cómo va a probar eso? Él no tocó el arma homicida. Todo lo que hay contra él es una serie de coincidencias sin...

Pero el teniente le interrumpió:

—No te dije algo: la pistola con la que fue asesinada Lorna Dee estaba limpia de huellas, pero... la hemos identificado. Su número nos ha revelado que fue John Trumbull quien la compró, hace algo más de tres años.

Mac se hundió en el asiento, abrumado por aquella revelación.

—Ya ves cómo no hay defensa posible para tu jefe. Su abogado tendrá que agarrarse al argumento de homicidio en el transcurso de una pelea, sin intención de matar, y dominado por la cólera. No lo sentarán en la silla, pero le caerán una buena serie de años encima.

El muchacho cogió la pluma que Herford le tendía y estampó su firma al pie de su declaración. El policía secó la tinta y exhaló un suspiro.

—Esto prueba tú buena voluntad, pues has hecho exactamente la misma declaración que Trumbull. No nos has engañado, pero él sí te mintió a ti. Por fortuna, eres amigo mío y no he querido complicarte en el crimen, como encubridor, porque sé que honradamente no lo has sido. Y ahora, puedes marcharte.

Mac si endosó la chaqueta y miró al policía.

—¿Puedo ver a John a solas?

—¿Para qué?

—Ya he firmado la declaración, ¿no? Es todo lo que usted quería de mí, y usted lo tiene bien atrapado. Pero aun así, sigo creyendo en

su inocencia.

—¿Vas a intentar demostrarnos que estamos equivocados?

—Todo acusado tiene derecho a una defensa, ¿verdad?

—Cierto, pero no me mires como si yo fuera responsable de la situación creada, Mac. Soy un agente de la autoridad, y me limito a cumplir con mi obligación. ¿Qué puedes hacer por tu jefe? No eres abogado.

—Pero puedo buscar al asesino. ¿Tengo ese permiso, teniente?

—De acuerdo. Te daré un poco de cuerda, pero procura no ahorcarte con ella.

—Es un consejo muy generoso —replicó el muchacho ácidamente, mientras salía del despacho, en dirección a las celdas.

Herford dio las órdenes oportunas, y poco después trasladaban a Trumbull a una pequeña sala, en cuya puerta quedó un agente de vigilancia, que no les perdió de vista un solo instante.

—Si usted me hubiera dicho anoche que Lorna era su esposa, no le hubiera consentido que eludiera su obligación para con la policía, John. Ahora está usted atrapado. Ayer podía haber explicado las cosas tal y como fueron, pero hoy es el asesino ideal.

—¡No la maté!

—¿Me dice esta vez la verdad?

—¡Se lo juro! ¡No la maté! ¡Estaba muerta cuando entré en la habitación! Al reconocerla, me aterroricé. Por eso huí con tanta torpeza y por eso me encontró anoche tan hundido.

—¿No sabía que se trataba de Lorna, antes de acudir a la cita?

—¡En absoluto! Yo sólo sabía que era *Margie*, y no tenía motivos para pensar otra cosa.

—¿Y no la reconoció cuando le habló por teléfono?

—Puede creermelo que no.

—Eso es extraño, John. La voz de una esposa no se olvida fácilmente, ni su silueta, sus características físicas o el aroma de su cuerpo. Una esposa es algo demasiado íntimo para olvidarlo, aunque pase el tiempo y el desacuerdo haya roto el matrimonio.

—¡No reconocí aquella voz! Nunca hubiera acudido a una cita con Lorna. Era maligna y... llegué a tenerle miedo...

—La verdad, John, no le imagino casado con una muchacha como ella. Había demasiada diferencia entre ustedes. ¿Cuántos años le llevaba usted? ¿Quince años?

—Diecisiete. Tiene razón, ella era demasiado hermosa y yo... pues nunca fui un galán.

—No pretendía herirle, John.

—Tengo espejos en mi casa, Mac. Siempre supe que Lorna no estaba enamorada de mí físico, sino de mí dinero. Cuando la conocí, hace cuatro años, ella acababa de ganar un concurso local de belleza y estaba cargada de ambición. Por mi parte, la encontré demasiado excitante. Lorna siempre fue astuta y calculadora, y pensó que yo eró la clase de marido que necesitaba para escalar unos cuantos peldaños, subidos los cuales no le costaría mucho desprenderse de mí. Creo que ninguno de los dos nos engañamos al respecto. En todo, caso, yo fui el más ingenuo, pues a su lado llegué a pensar que la felicidad podía ser posible para un hombre como yo, con mis limitaciones físicas. Ejem... Supongo que llegué a adorarla, Mac, y al propio tiempo la odiaba. Era un diablo hermoso y torturador, me embriagaba y me humillaba, todo a un tiempo... La colmé de regalos y le di todo el dinero que pude, pero ella quería siempre más, y yo no estaba dispuesto a dejarme arruinar. Las cosas se pusieron tirantes, y cuándo vine a Nueva York, ella me dejó. Sencillamente, un día desapareció de nuestra casa en Pittsburg, y las cartas me fueron devueltas. Acudí para ver qué ocurría, y me encontré con una nota sobre una mesa en la que me decía que estaba harta de mí y que no la buscara. Comprendí que era lo mejor y regresé a Nueva York. Poco después me encargaron de la dirección del «New York Free Press», y... ya sabe el resto. Nunca volví a saber nada de ella, hasta anoche.

—¿No tramitó el divorcio?

—No me habían quedado deseos de embarcarme en otra aventura matrimonial, así que no lo consideré necesario, porque temía que alguien pudiera enterarse y eso hubieran podido emplearlo contra mí cualquiera de los que habían sido humillados por mis campañas periodísticas.

—¿Y qué hay de esa pistola?

Trumbull sé quitó un instante los lentes y Mac pudo comprobar que en aquellos ojos miopes había una derrota absoluta.

—Era mía.

—¿La llevó consigo a esa cita?

—No. La compré en Pittsburg, cuando Lorna vivía Conmigo. Al

marcharse ella, se la llevó, así como otras muchas cosas que no le pertenecían. Pero no me molesté en buscarla para recuperarlas.

—Entre sus torpezas y la habilidad del asesino se ha fabricado una cuerda tan gruesa, que va a estrangularle sin remisión —gruñó Mac—. ¡Es el caso más endiablado que he oído! Si no fuera porque le conozco y no le supongo capaz de un asesinato, no dudaría un instante en creerle culpable.

Su jefe le miró con desamparo.

—No espero gran cosa, ésa es la verdad. Yo también he visto que no tengo salvación, a menos que...

—Continúe.

—A menos que usted encuentre al asesino. Pero eso es imposible, ya sé. ¿Ha tenido muchos problemas con la policía por mí culpa?

—Puro trámite, no se preocupe por ello.

Se incorporó y caminó hacia la puerta. Luego volvió y estrechó la mano del director y suspiró:

—No le abandonaré, John. Animo.

Luego salió de la Comisaría y respiró el aire matinal.

No tenía la más ligera idea de lo que debía hacer para cumplir su promesa.

CAPÍTULO VIII

Se detuvo en el bordillo de la acera, buscando con la mirada un taxi, pero a aquella hora de la mañana, con la ciudad en plena actividad, no era fácil hallar uno vacío. Estaba ensimismado en busca de los vehículos amarillos que llevaran la anhelada indicación de «libre», que no vio el «Buick» azul que se detenía junto a él, hasta que la voz cristalina de Vera King le llamó:

—¡Eh, Mac! Te aguardaba.

El muchacho se sentó junto a la bella secretaria de Trumbull.

—¿Cómo sabías...? —empezó.

Vera se apartó del bordillo y luego le miró un instante, antes de responder. Se la veía preocupada y tenía huellas azuladas bajo los ojos, como si no hubiera dormido. El conjunto matinal la ofrecía fresca y tentadora a los ojos masculinos, sin revelar cansancio alguno, a excepción de lo que expresaba el rostro, de corte exótico.

—El jefe tardó bastante en marcharse anoche, y no volví a saber de él hasta que he recibido su llamada desde la Comisaría. Localicé al abogado, según sus instrucciones, y luego te llamé, pero habías salido. Entonces fui a la cafetería donde sé que te desayunas habitualmente y me indicaron que había ido a buscarte el teniente Herford, así que deduje dónde encontrarte. ¿Has visto a John?

—Sí.

—¿Cómo está?

—¿Cómo quieres que se encuentre, con una acusación formal de haber asesinado a Lorna Dee?

—¡Pero eso es una tontería...! ¿Qué motivos tendría él...?

Mac fijó sus ojos en la muchacha, admirando la corrección y encanto de su perfil.

—Lorna era su esposa.

El «Buick» dio un peligroso bandazo, saliéndose de la línea del tránsito, a causa del sobresalto femenino.

—Cuidado, ya es suficiente con un detenido por homicidio dentro del periódico, Vera.

—Pero... no es posible...

—No hay la menor duda al respecto. El mismo me lo ha confirmado.

Vera estaba muy pálida y se mordía nerviosamente el labio inferior.

—¡Eso... suena a falso! No puedo comprender cómo Lorna mandó esas Memorias a John, si realmente era su esposa. ¿Qué pretendía con ello?

—La policía dice que ella buscaba hacerle un chantaje. Una cosa es cierta: si los rivales de Trumbull hubieran conocido su matrimonio con una mujer como Lorna, lo hubieran hundido.

La muchacha parecía pensar a toda presión.

—Luego, por otra parte, esa cita al jefe... Daba toda la impresión de que quien la hacía no le conocía. ¿No te parece?

—Sí, es muy posible. Yo también sospecho algo turbio. John dice que no reconoció por teléfono la voz de Lorna. ¿Crees que un marido no reconoce la voz de su mujer, en esas circunstancias?

—Pudo cambiarla.

—En efecto, pero lo que siguió después revela que le tendieron una trampa, al menos si creemos en la inocencia de nuestro jefe, ¿no? Si él no la mató, lo hizo otro, y en tal caso, a la vista del escenario montado para la entrevista, debemos pensar en una trampa. Eso nos lleva a la parte más delicada del asunto: Lorna no le llamó por teléfono, porque seguramente a esas horas ya estaba muerta. Su asesino concibió la idea de atraer a John al lugar del crimen para inculparlo, pensando en que la policía lo calificaría de sospechoso ideal, como así ha sido.

—¡Qué complicado todo, Mac!

—Se me ocurre algo todavía. ¿Cómo supo el asesino que John estaba esperando una entrevista con Lorna?

—Creo que eso es sencillo: el que mató a esa mujer lo hizo para impedir que se descubriera la clase de vida que llevaba. Debíó matarla un hombre, uno cualquiera de los que mantenían, relaciones con ella. Por lo que sabemos, a ninguno le convenía un

escándalo. Cuando se enteró de que ella había ofrecido sus Memorias y pruebas fotográficas de lo que pensaba contar, no tuvo más remedio que matarla, y lo planeó todo de forma que fuera el crimen perfecto.

—Pero ¿de qué forma se enteró de que John y Lorna eran esposos?

—Posiblemente, ella no se recató en decirlo.

—¿Y cómo averiguó que Lorna proyectaba vender sus Memorias al «New York Free Press»?

La muchacha se encogió de hombros.

—Quizá cuando se descubra el verdadero culpable, él nos dirá que espiaba a Lorna, por temor a que revelara esos secretos.

—Eso no nos lleva a ningún sitio, Vera. Y necesitamos algo en que basar nuestra investigación. Porque vas a ayudarme a sacar a John de este lío, ¿no?

—¿Qué debo hacer?

—Puedo necesitar tu colaboración. No sé... —Movi6 la cabeza dubitativamente—. Pero hay algo que no encaja. Parece como si el edificio de suposiciones que hemos levantado fuera a venirse abajo de un momento a otro.

Permanecieron en silencio durante largos minutos, sumidos ambos en las reflexiones que suscitaban su particular visi6n del problema. Vera fren6 ante un semáforo en rojo y se volvi6 hacia Mac.

—Aunque imagino que la policia ya lo habrá hecho, quizá convendría hablar con Henry Brown. ¿No dijiste que él era el administrador o introductor de Lorna?

—Pensaba en ello, pero también en el general Potter. Anoche él estaba citado con esa muchacha.

—Y la policia no habrá podido averiguar ese extremo todavía —apunt6 la secretaria de Trumbull, con expresi6n anhelosa.

—Cierto. Yo no le hablé de eso al teniente. ¿Tienes algo que hacer?

—Mi contrato me liga a Trumbull, y en estos instantes su problema es el más importante.

—Llévame entonces a Lonely Terrace. ¿Sabes dónde está? Ojalá que el general continúe allí, aguardando a Lorna y... sin escuchar la radio. Tengo un plan...

Vera King dejó el coche ante el «*bungalow*» y saltó de él con paso ágil. No se molestó en llamar a la puerta porque desde el camino había visto la figura del hombre encaramado en las rocas, sobre la rompiente, con la caña de pescar en la mano. El fragor del mar debía ensordecir al pescador porque éste no se dio cuenta de la recién llegada hasta que la tuvo a su lado.

—¿Señor Potter? —preguntó ella, mientras sus ojos permanecían atentos a las menores reacciones de su interlocutor.

—¿Quién es usted y qué quiere? —preguntó el general, sin responder a la pregunta femenina, claramente a la defensiva.

Vera se humedeció los labios y respiró hondamente para recobrar el aliento, alterado por la pequeña escalada. El general Potter parecía un hombre duro, acostumbrado a dar órdenes... y a ser obedecido. Llevaba el cabello gris muy corto, y su rostro mostraba un saludable tono tostado.

—Soy una amiga de Lorna. Yo...

El general arqueó las cejas, fingiendo desconocer aquel nombre, pero Vera advirtió una instintiva reacción defensiva.

—¿Lorna? ¿Debo conocer yo a esa persona?

—Creo que sí. Ella me ha enviado a usted.

—Continúe.

—Ella le... necesita. Me ha pedido que venga a buscarle. ¡Debe darse prisa! Es urgente. Por favor.

Se lo había jugado todo a una carta. Si el general Potter sabía que Lorna había muerto, no picaría el anzuelo y la despacharía de allí violentamente, en cuyo caso Mac tendría que obtener de él la información por cualquier otro procedimiento. Pero si él caía en la trampa...

Potter se desprendió de todo recelo al escuchar a Vera.

—¿Qué le ocurre? ¿Está enferma... o herida? ¡Dígame lo que sea!

—No puedo explicarle nada más, lo lamento. Ella me ha pedido que le conduzca hasta donde se encuentra. ¿Quiere acompañarme?

El general recogió el sedal y se apartó de la orilla del acantilado.

—Por supuesto que iré. Ya me extrañó anoche que no viniera y...

Se calló, como temeroso de haber hablado demasiado. Vera se volvió en redondo y dominó su deseo de exteriorizar su gozo por la

excelente representación efectuada en honor del general. Era evidente, por otra parte, que él estaba sinceramente prendado por los encantos de Lorna, y que nada le haría temer ir demasiado lejos por ella.

Vera subió a su coche y aguardó a que su acompañante hiciera lo propio. Todo lo que tenía que hacer era conducirlo hasta el lugar donde Mac les esperaba. Después de aquello, el general no tendría más remedio que admitir la existencia de relaciones con la difunta Lorna. El resto sería fácil para el periodista.

Por el camino, el general trató de obtener algún informe complementario, pero Vera se limitó a responder con monosílabos, cuidando de excitar el nerviosismo de su interlocutor, y así, cuando frenó ante una cabaña solitaria, en la misma costa, Howard Potter saltó del coche y entró como una tromba en la vieja construcción, sin reflexionar.

Quedó clavado en el umbral al ver a Mac sentado displicentemente en la esquina de una vieja mesa y fumando un cigarrillo. Potter mostró su vocabulario castrense y luego, enrojecido el semblante, se volvió hacia Vera, que estaba a su espalda.

—¿Qué es esto? ¿Dónde está Lorna? ¿Es una trampa o un rapto? El periodista mostró la única silla de la desvencijada estancia.

—Tome asiento, general, y cuide de su tensión. Tenemos mucho tiempo por delante y no le conviene excitarse.

—¿Quién es usted, maldito sea? —rugió, afretando los puños y abalanzándose sobre el muchacho.

—Soy periodista y mi nombre es Mac Davis. Y ahora...

Aquella revelación fue como mía muralla al parecer infranqueable que no se atrevió a traspasar.

—Periodista —balbuceó—. ¿Qué tiene que ver...?

—¿Dónde pasó usted la noche?

—Aquí, en mi «*bungalow*»:

—¿Solo?

—Sí. Estuve... —Carraspeó—. ¿Por qué?

Mac no pareció escuchar la pregunta.

—Termine, general. Estuvo esperando a Lorna, ¿verdad?

—¿Qué derecho tiene usted para interrogarme? No sé de quién me habla ni qué pretende con su interrogatorio. Le diré que soy un

personaje muy influyente en la Administración y que...

—No se esfuerce, general. Sé muy bien quién es el general Howard Potter. Conozco su cargo en el Pentágono, y también su relación con Lorna Dee. Una estrella del «Tritón» que no le conviene nada como amiga, y que si llegaran a hacerse públicas las relaciones de ustedes, su puesto peligraría. ¿Me explico?

Potter torció el gesto.

—No tiene pruebas.

—¿Por qué ha venido, entonces, hasta aquí cuando mi compañera le transmitió un falso mensaje de Lorna? Vamos, general, no sea ingenuo. Ya ha cometido demasiadas torpezas dejándose embaucar por esa aventurera.

Potter enrojeció:

—Le pesará esto, Davis. Este chantaje que trata de hacerme...

—Cuidado, yo no le hago chantaje. Sólo deseo formularle unas preguntas, y como supuse que negaría conocer a Lorna, le tendí esta pequeña trampa. Y ahora, pasemos al asunto que interesa. Usted pasó la noche solo, en su *bungalow*. ¿Tiene forma de probarlo?

—¿Y por qué voy a necesitar hacerlo?

—Sólo por una razón, general: porque asesinaron a Lorna Dee.

El general se había quedado dentro de la cabaña, sobreponiéndose de la dura noticia que acababa de recibir. Mac y Vera, junto al coche, fumaban sendos cigarrillos, tensas las facciones por el dolor que de pronto habían visto aparecer en los ojos de Potter.

—Pienso que somos crueles, Mac —murmuró la muchacha—. Para nosotros, Lorna no significa nada, pero a él le ha afectado demasiado...

Le vieron aparecer en la puerta. Estaba pálido, pero apretaba con fuerza las mandíbulas. Miró al periodista por un instante, y luego echó a andar hacia la playa próxima. Mac le siguió.

Cuando le alcanzó, el militar dijo:

—¿A qué ha venido? ¿Le complace hurgar en las heridas ajenas?

—Siento lo ocurrido, general. Tampoco me anima un deseo morboso. Le voy a hablar con toda claridad: un amigo está acusado de haber matado a Lorna, pero él es inocente y quiero demostrarlo. Para ello tengo que encontrar al verdadero culpable, y espero que a usted le interese lo mismo, ¿no es cierto?

El silencio de Potter podía interpretarse en sentido afirmativo, y Mac añadió:

—Le pido su ayuda. Sólo eso.

—Tiene una forma muy especial de hacer las cosas. ¿Por qué no deja que la policía se encargue de ese trabajo?

—Ellos están equivocados, ya se lo he dicho, y tengo que ver la forma de demostrarlo.

—Ya veo: pretende descubrir la intimidad de unas personas para desorientar a todos y probar que muchos otros pudieron haberla matado, ¿no es eso? Ocurre lo que pensaba: no tiene piedad para los demás.

—Si fuera esa mi intención, me contentaría con publicar las «Memorias» que Lorna escribió, y en las que habla de usted y... de varios hombres más. No quiero eso: no trato de hundir ningún prestigio. Sólo busco al asesino.

La mirada de Potter se clavaba en la lejanía brumosa del Atlántico.

—¿Dice que escribió unas «Memorias»?

—Sí; y yo vi unas fotos que arruinarían a sus protagonistas, si llegaran a divulgarse. En una de ellas estaba usted. ¿Cómo permitió que la hicieran...?

—Yo... nunca sospeché...

—Es usted muy ingenuo. Por lo que he visto, usted alimentaba ciertos sentimientos nobles por esa mujer, pero estoy en condiciones de decirle que no era digna de ellos. Le engañó a usted y a muchos más, y sólo le interesaban por el chantaje que podía hacerles.

—¿Chantaje? ¡Oh, no, nunca! Jamás lo intentó. ¿Cómo puede pensar...?

—Pero esas fotos...

—Apenas puedo creer en su existencia, ni tampoco en la de esas «Memorias» de que me habla. Lorna y yo nos amábamos. Eso quizá suene ridículo cuando lo dice quien peina canas. No ignoraba yo la clase de trabajo que hacía, pero la amaba lo suficiente para disculpar esas cosas. Estaba seguro de que cambiaría, y yo... la había pedido en matrimonio.

Mac se pasó la mano por la frente, abrumado por la dimensión de la revelación.

—¿Cómo era Lorna? Yo no llegué a conocerla.

—Estaba llena de vida y era muy hermosa. Joven, con gran vitalidad, justo la clase de esposa que puede hacernos creer en la primavera cuando se vive en otoño... —musitó Potter, con los ojos turbios y perdidos en la lejanía que no veía.

—¿Dónde la conoció?

—En una fiesta de Henry Brown. Me la presentó, y fuimos amigos desde el primer momento. Toda mi vida la he dedicado a la milicia, y nunca tuve tiempo para formar un hogar. Ahora pensaba hacerlo...

—¿Ella le amaba?

—Me lo dijo muchas veces.

—En sus «Memorias», ella escribió que se valió de su influencia sobre usted para obtener una concesión de material en beneficio de William Chase.

Potter se sobresaltó.

—¿Eso... escribió?

—Le doy mi palabra.

—Pero... es ruin y miserable... Ella me habló de él y... sí... Estudié su oferta y decidí adjudicarle la contrata.

—Si esto se supiese, usted quedaría desprestigiado. Le prometo no descubrirlo, de no ser imprescindible. Por eso le ruego que me diga cuanto crea pueda servir para encontrar al asesino.

—No voy a decir nada más, Davis, hasta que reflexión, no sobre esto y hable con mi abogado. Temo... temo que he sido muy confiado con todo el mundo, incluido usted. Le ruego no me moleste más.

Mac asintió y se dispuso a marcharse. Potter añadió:

—No es preciso que me lleven en su coche: yo me las arreglaré.

CAPÍTULO IX

Mac levantó el dedo del pulsador y aguardó ante la puerta de madera barnizada, en el lujoso corredor del edificio de apartamentos. Dentro había sonado el carillón musical, como unas notas suaves y gratas. Todavía vibraban en el aire, cuando la puerta se abrió y una mujer de cabellos castaños y ojos penetrantes apareció en el umbral. Mac se sintió capaz de calcularle la edad. Una vida repleta de cuidados había logrado el milagro de perpetuar una belleza agresiva y seductora.

—No deseo comprar nada —dijo, con voz de contralto, que coincidía con su figura de contornos estudiados.

—Es horrible. ¿Tengo aspecto de vender aspiradores? —suspiró el periodista—. Soy Mac Davis, del «New York Free Press».

Las pestañas femeninas agitaron el aire.

—¿Periodista? Entre. ¿Qué desea?

Le dejó escaso hueco entre ella y el quicio de la puerta, y Mac sintió en su costado el roce con la silueta femenina, cuando entró en el amplio *living*.

—Deseo hablar con Henry Brown.

—Es mi marido. ¿Qué ocurre?

—¿No está él?

—Como de costumbre, hace su vida aparte los fines de semana.

Mac recorrió sin recato la figura femenina.

—No lo comprendo.

Ella le indicó un sillón, y se volvió hacia el mueble bar para preparar una bebida. Bajo el vestido de seda, su cuerpo se estremecía a cada paso en suaves trémolos que revelaban un estado de ánimo insatisfecho, a juzgar por la dedicación plena que ella parecía tener para con su figura.

Volvió con sendos vasos y le entregó uno. Mac bebió, sin dejar de mirarla.

—Me habían dicho que su marido buscaba diversiones fuera de su hogar, y pensé que estaría soltero, o que su esposa sería una vieja gruñona insoportable, pero...

—Continúe.

—Henry Brown es un estúpido.

Ella se sentó sobre el brazo del sillón, con su pierna junto al brazo masculino, tensa la seda que moldeaba y ceñía.

—¿Para qué deseaba verle, Mac?

La señora Brown caminaba muy aprisa, se dijo Mac.

—¿Ha leído hoy los periódicos? Ha muerto una chica, Lorna Dee. Sustento la idea de que su marido tenía amistad con ella.

Los ojos femeninos fulgieron con una expresión colérica, cargada de odio.

—¡Naturalmente que ella era su diversión, y la de muchos idiotas más! ¡Esa muñeca perversa...!

—¿La conocía usted, señora Brown?

—Mi nombre es Mavina —pareció deslizarse, y Mac alargó el brazo para sostenerla y evitar que cayera. Notó el calor de aquel cuerpo enfurecido y casi al instante se sintió besado con rabia—. Odio a mí marido y odio a esa muchacha.

Mac se incorporó para dejar el vaso sobre una mesita próxima. Desde allí miró a Mavina, que había cruzado las piernas y le contemplaba con la boca entreabierta.

—¿Vio alguna vez a Lorna? —insistió.

—Sí; estuvo aquí. Henry daba fiestas en este apartamento, hasta que se lo prohibí.

—¿A qué se dedica su marido?

—Es encargado de Relaciones Públicas de un grupo de empresas. Con ese motivo, siempre está invitando a hombres de negocios, periodistas y funcionarios del Gobierno.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Tenemos un chalet en Long Island, en la playa. Creo que estará allí, con sus amigos. ¿Por qué hace usted tantas preguntas, Mac?

—Me interesa averiguar todo lo posible acerca de Lorna Dee.

—¿Está haciendo de detective?

—Algo así: trato de demostrar que un amigo es inocente. ¿Dónde estuvo Henry anoche?

—Salió.

—¿Solo?

—Claro; hace tiempo que se ha olvidado de mí.

Mac se acercó a Mavina y rodeó el sillón hasta acodarse en el respaldo, justo encima de la cabeza femenina. Ella estaba tan furiosa que pensaba no le sería difícil obtener algún dato importante, si sabía manejarla.

—Usted no ama a su esposo, ¿verdad, Mavina?

—Pero eso no me impulsará a traicionarlo. ¿Sospecha de él?

—Esa chica tenía una vida turbia. Pienso que alguno de los hombres que conoció pudo tener interés en asesinarla.

—Es lógico. Pero Henry no lo hubiera hecho. No, para ocultarme sus relaciones: yo las conocía muy bien, y nada de lo que Lorna me dijese iba a sorprenderme.

Mac acarició los hombros femeninos.

—En medio de todo, usted es una mujer leal, Mavina. Henry debe ser un idiota. ¿Cuándo regresó anoche?

—Muy tarde: yo estaba acostada.

—¿Estaba él alterado?

—No lo sé. Desde mi dormitorio, le oí moverse por aquí. Luego noté olor a quemado, y me levanté para ver qué ocurría: Henry prendía fuego a unos papeles, en la chimenea... Él me ordenó que volviera a la cama y yo lo hice. Poco después le oí entrar en su habitación, y cuando esta mañana me he levantado, él ya se había marchado.

Mac se apartó del sillón y fue a la chimenea. Allí había restos de papeles quemados. Removió las cenizas y notó un sobresalto al localizar un fragmento de fotografía a medio consumir, justamente una de las fotos que él había encontrado la noche anterior en el apartamento de Lorna y que alguien le había arrebatado, tras golpearle.

La recogió y, antes de guardarla en su cartera, notó a Mavina a su lado.

—¿Qué hace?

—Es para una comprobación.

—No tiene derecho a llevárselo, sin mi permiso, Mac.

El muchacho guardó la cartera en el bolsillo interior de su chaqueta y luego pasó sus manos en la cintura femenina. Bajo la seda, el talle femenino tenía una firmeza juvenil.

—¿No va a salir este fin de semana, Mac?

—Es usted una mujer muy agradable, Mavina. Volveré luego: espéreme.

Se apartó de ella, lamentando que la urgencia del problema le impidiera olvidarse del mundo. Los ojos femeninos eran como el prólogo de un programa que prometiera la felicidad.

Una vez en su coche, Mac cerró los ojos y respiró con fuerza. Mavina era capaz de trastornar a cualquier hombre, y por eso mismo podía ser altamente peligrosa.

Pulsó el botón del encendido y separó el coche del bordillo. Un segundo después, la suelta figura femenina había desaparecido de su imaginación, y su lugar lo ocupaba un breve fragmento de fotografía que iba a sobresaltar a Henry Brown.

La fiesta estaba animada. De algún lugar salía música de «rock», a cuyo compás se movían algunas parejas, en una entusiasmada competencia por descoyuntarse los huesos. La casa estaba construida con gusto, y el jardín tenía abundantes lugares donde encontrar la intimidad, si se deseaba. Todas las luces estaban encendidas, y las puertas abiertas. La parte delantera, con el jardín, daba a la carretera, y la posterior desembocaba justamente en la playa, suave y limpia, que las olas acariciaban.

Mac se deslizó por entre un tipo barrigudo que mostraba su entusiasmo a voces, mientras llevaba en precario equilibrio una bandeja con altos vasos en los que tintineaba el hielo, y mía pareja que, despreciando el «rock», pretendían valsar muy ceñidos, al compás de la música de sus besos. Una pelirroja que reía a carcajadas se le acercó:

—Le veo aburrido, amigo.

—Acabo de llegar...

—Eso lo explica todo: venga.

Le llevó a un mostrador donde Henry Brown llenaba vasos a gran velocidad.

—Mi amigo está triste, Henry. ¿Qué medicina puedes prepararle?

—Beba esto: tumbaría a un caballo, pero usted parece capaz de

aguantarlo —rió Brown, al tiempo que le alargaba un vaso.

Mac rió:

—Vaya, eso debe ser una lisonja. Una fiesta divertida.

—Es la vida, amigo. Cuatro días que uno vive... Ha tenido buen ojo —añadió Brown, haciéndole un guiño—; Loty sabe el secreto de que esos cuatro días parezcan inolvidables. ¿No baila?

La pelirroja llamada Loty empezó a moverse; al compás de la música. Le sobraban curvas para aquel ejercicio, pero ella insistió, sin preocuparse por ello.

—Vamos, sígame.

Lincoln Noble, el actor de televisión, apareció en aquel momento, haciendo eses muy pronunciadas.

—Qué veo, has conseguido pareja, Loty: seguro que él es novato.

La pelirroja hizo un gesto terrible y pareció escupir:

—¡Qué basura!

Los dos se enzarzaron en una disputa llena de insultos, y Mac aprovechó para rodear el improvisado mostrador y buscar una botella de soda con la que rebajó el explosivo servido por Brown.

—Lo va a estropear —dijo éste.

—Necesito la cabeza muy despejada, Henry. A propósito, ¿cómo puede soportar todo esto, encontrándose loma en la «Morgue»?

El vaso que sostenía Henry Brown se deslizó de sus dedos y estalló contra el suelo. La pelirroja había abandonado la discusión con Noble, y se volvió, dando gritos:

—¡Alegría, alegría!

—Lárgate, Loty —mordió Brown las palabras—. Déjanos solos y no seas estúpida.

Loty le llamó algo muy feo, y volvió grupas, contoneándose con descaro. El anfitrión de toda aquella gentuza, miró a Mac.

—¿De qué me habla, amigo?

—¿Cómo puede ser que tenga tan mala memoria, Henry? Anoche usted me golpeó aquí: vea —y se volvió para mostrar el pequeño parche que había ocultado entre el cabello.

Brown palideció, señal evidente de que hasta aquel instante no le había reconocido.

—¿Qué... pretende?

—Busco a la persona que asesinó a Lorna.

—¿Piensa que soy yo?

—Pudo hacerlo.

—Pero la policía ya ha detenido al asesino: es John Trumbull, el marido de Lorna.

—¿Quién se lo ha dicho?

—El teniente Herford. Esta tarde habló conmigo.

—Lástima que no le interrogara acerca de las fotos que quitó de mis bolsillos, cuando anoche salía del apartamento de Lorna.

—¿De dónde ha sacado semejante estupidez? Yo no hice...

—Escuche, Henry. Usted buscaba anoche, desesperadamente, una foto que ella tenía en su vestuario del «Tritón», y luego fue al apartamento de esa muchacha y me vio salir, instante que aprovechó para atacarme y robarme esas fotos tan comprometedoras... ¿Por qué lo hizo?

—¡No tiene pruebas...!

—¿No? —Mac sacó el fragmento de fotografía sin quemar—. ¿Y esto? Lo encontré en la chimenea de su casa. Si avisase al teniente Herford, él acudiría con técnicos que obtendrían de las cenizas reproducciones exactas de las fotografías y de los papeles que quemó... ¿Quiere que lo haga?

Brown bebió de golpe uno de los *cock-tails* preparados, y se encaró con él:

—¿Cómo ha conseguido entrar en mi apartamento?

—Su esposa me franqueó la entrada. Y ahora...

—¿Qué quiere de mí?

—Unas respuestas. Usted era el administrador de Lorna. ¿No es cierto?

—No sé qué entiende por administrador. Yo no era su agente teatral. Ambos éramos amigos, pero Lorna tenía muchos.

—No, se haga el ingenuo, Henry. Usted sabe a lo que me refiero. Lorna lo especificó en las «Memorias» que nos envió al periódico.

—No sé de qué me habla, Davis. Le estoy diciendo la verdad.

—¡Caramba, va recordando! No le he dicho mi nombre pero usted lo sabe. ¿Tuvo mucho tiempo para registrarme los bolsillos anoche?

Alguien le rozó al pasar, y Mac se volvió. Allí estaba William Chase, embutido en una floreada camisa de gusto deplorable. El poderoso industrial se acodó en el mostrador y preguntó a Brown:

—¡Dame un trago, Henry! La vida es terrible. Llevo todo el día

pensando en esa pobre chica, Lorna... Hoy debía estar aquí, ¿no? ¿Llegaste a invitarla?

El anfitrión lanzó una rápida mirada a Chase y gruñó:

—Luego, hablaremos, Bill.

El industrial se volvió hacia Mac, y le examinó un instante con recelo.

—Nunca le he visto por aquí, amigo. ¿A qué Compañía pertenece?

Pero Brown le interrumpió:

—¡Déjanos solos, Bill!

El aludido arrugó la frente, perplejo, y atrapó un vaso. Luego camino hacia Loty que, descalza y tirando hacia arriba de su falda para facilitar sus movimientos, seguía el ágil y frenético ritmo; de un «rock», encaramada a una mesa.

Mac retiró los ojos de aquel electrizante espectáculo, y volvió su atención hacia Brown.

—Está bien, sí, fui al «Tritón», y luego al apartamento de Lorna para pedirle la fotografía que nos habíamos hecho en las cataratas del Niágara. Cuando llegué allí le vi salir a usted y pensé que era un ladrón: por eso le golpeé, y cuando le registré encontré las fotos. ¿Qué hay de malo en todo eso? Por lo que sé, usted había entrado allí mediante un engaño... violando la ley.

—El teniente Herford ya lo sabe, pero desconoce que usted robó esas fotos. ¿Lo llamamos?

Los ojos claros de Brown se movieron nerviosamente en sus órbitas.

—¿Ha venido a pedirme dinero?

—No; ya le dije que únicamente busco unos informes. Hemos quedado en que Lorna y usted habían montado un próspero negocio de chantaje, valiéndose de los encantos de la joven y de la estupidez de ciertos caballeros. Ella los seducía, y usted hacía fotos que luego vendían, ¿no es cierto?

—¡Maldición, claro que no! ¿Se ha vuelto loco? ¿O es que quiere que le parta la cabeza...?

—Modérese, Henry. No hablo de oídas. La propia Lorna lo dejó entrever en sus «Memorias». ¿Ignora que ella trató de vendernos ese relato para que lo publicásemos? Según ella, usted administraba el negocio, y fue usted quien la presentó a numerosas personas,

incluidas el general Potter y William Chase, que está aquí. Es un poco tarde para negarlo.

—Lárguese.

—Primero conseguiré los datos que preciso. Ustedes dos hacían chantaje a varias personas: dígame sus nombres, porque alguna de ellas puede ser el asesino.

—¿Por qué hace usted esta investigación?

—Trumbull, mi jefe, está acusado del crimen, pero es inocente. Adelante, Henry, le escucho.

Se le veía acorralado, y sudaba como si acabara de hacer un gran esfuerzo, físico.

—Salgamos fuera.

Abandonaron el salón a través de una puerta-ventana, y se encontraron en una terraza que daba directamente a la playa. La luz de la luna arrancaba destellos húmedos a los bañistas que emergían del mar. En algún lugar, se oyó la risa nerviosa de una mujer.

—Yo no tengo nada que ver con eso, Davis. Le doy mi palabra.

—¿Usted cree que vale algo?

—¡Debe creerme! Escuche, Davis, si se produce un escándalo, estoy perdido. Mi Compañía prescindiría de mis servicios. Cierto que conocía a Lorna, y que la llevé a alguna de las fiestas que organizo para entretener a clientes con los que mi Compañía mantiene relaciones comerciales, pero no tenía con ella ningún otro vínculo. Lorna era como Loty o como las docenas de chicas que acuden, a esta clase de reuniones. Están aquí para servir de parejas de baile, para charlar o... animar la fiesta. No puedo vigilarlas ni me interesa lo que hagan. Lorna conoció a gente importante en mis reuniones, pero no sé más. En cuanto a sus «Memorias»...

—¿Qué?

—No comprendo... Lorna ayer me dijo que estaba asustada, que se había enterado de que un periodista del «New York Free Press» estaba investigando sobre ella, y que quería desaparecer una temporada. ¿Era usted?

Mac arrugó el entrecejo.

—¿A qué hora le dijo eso?

—A media tarde. Me ofrecí para llevarla a una cabaña de la montaña y ella me dijo que ya lo pensaría porque antes tenía que hablar con una persona.

—¿No le dio su identidad?

—No, pero al salir del bar donde la había encontrado, vi que, Lincoln Noble bajaba de su coche. Él me reconoció, pero se volvió de espaldas fingiendo comprarle un periódico a un chico que pasaba voceando la última edición, así que supuse que no quería verme, y pasé de largo, sin entretenerme.

—Eso es muy interesante... Y, dígame, ¿por qué deseaba recuperar la foto de las cataratas del Niágara?

—Mi mujer, ¿sabe usted? Anda buscando pruebas para el divorcio, y si las consigue me arrancará una copiosa pensión alimenticia.

—¿Y por qué destruyó las fotos que me quitó?

—Pensé que era mejor para todos. Los escándalos salpican muy lejos, y yo quería mantenerme al margen.

Loty salió disparada de la casa, dando gritos, y se zambulló en el mar, sin quitarse las ropas. Mac sacudió la cabeza.

—Para preocuparle una cosa así, no pone usted los remedios, amigo. Tarde o temprano, las fiestas como esta terminan con la reputación de cualquiera.

El actor Lincoln Noble salió a la terraza y desde allí se volvió para llamar a los demás invitados:

—¡Eh, muchachos! ¡Propongo que todos imitemos a Loty! El agua nos refrescará lo suficiente para seguir bebiendo...

En él acto se alzó una algarabía de gritos, y varias parejas salieron a toda prisa, camino de las aguas. Una rubita se resistía:

—¡Dejadme que me ponga el traje de baño! Vais a estropear mi nuevo atuendo.

—¡Imposible! ¡Hemos de bañarnos vestidos!

Uno tras otro, todos se zambulleron tal y como estaban. Mac sintió amarga la boca, al presenciar la enloquecida frivolidad de aquellas gentes. El dinero había corrompido sus vidas, proporcionándoles una inextinguible sed de placeres y de sensaciones nuevas. Se volvió, hastiado, pero Brown ya no estaba allí.

Regresó a la casa, sorteando el frenético desorden que los invitados habían dejado tras sí. No había ni rastro del dueño de la casa. De pronto, tuvo una idea, y corrió hacia donde estaban los coches. Una figura vestida con el traje claro de Brown le precedía.

Mac echó a correr, y el otro hizo lo propio, desesperadamente, pero Davis le alcanzó.

Brown se volvió en redondo y, sin mediar palabra, le soltó un puñetazo con toda la fuerza de su cuerpo. Mac, desprevenido, sólo tuvo tiempo de retroceder lo suficiente para que el impacto no fuera demoledor. No obstante, el golpe le arrojó al suelo y le dejó aturdido unos instantes, mientras Brown subía a su coche y desaparecía en la oscuridad.

Cuando se incorporó, las luces rojas de posición habíanse extinguido en la noche. Mac estuvo tentado de saltar a uno de los coches e iniciar la persecución, pero optó por no hacerlo. Era evidente que Henry Brown corría a destruir las cenizas que había dejado en la chimenea de su casa.

Mac entró en la mansión y llamó por teléfono a Mavina para pedirle que recogiera cuidadosamente las cenizas en un sobre, pero no respondió. Marcó entonces el teléfono del teniente Herford y, cuando lo tuvo al otro lado, le explicó lo que había descubierto, y le pidió que se hiciera cargo de aquellas pruebas.

—No creo que las necesitemos, Mac. El caso está cerrado prácticamente, y el fiscal se muestra satisfecho con lo que tenemos.

—Ya veo, teniente. Ustedes no están preocupados por hacer que prevalezca la justicia, sino que les basta con «su» justicia, aunque estén equivocados.

Y colgó, furiosamente. Salió a la terraza y de allí a la playa. Sus pasos se apagaban en la arena. En el agua seguían los gritos, las voces y las risas. Loty salió chorreando agua y con las ropas pegadas. Tras ella, Lincoln Noble emergió de las aguas, notablemente despejado con la fría inmersión, pero Mac le cerró el paso.

—Un momento, Lincoln.

—¿Quién es usted?

—Alguien que quiere preguntarle; por Lorna Dee. Ayer la vio, ¿cierto?

El actor se pasó la mano por el húmedo rostro, y trató de retirarse los cabellos que se le pegaban a la frente.

—¿Policía? —gruñó.

—Todavía no. Hábleme de Lorna. ¿De qué trataros ayer?

—Eso no le importa, así que...

Fue a golpearle, pero Mac estaba lo suficientemente furioso para entonces. Bloqueó el derechazo y le soltó un trallazo que aplastó al actor contra la arena. Noble quedó pegado al suelo, jadeando, convertido su rostro en una máscara irreconocible con el agua y la arena adherida a ella.

—No estoy para bromas, Lincoln. Investigo un asesinato, y voy a seguir golpeándole hasta que se decida a soltar la lengua.

Le cogió de la pechera y lo puso en pie. En la pequeña pantalla, Lincoln Noble aparecía como el héroe de todas las películas. En la playa de Long Island, lleno de *whisky* y de miedo, era poco más que un trapo mojado.

—¡Déjeme...! Yo le diré...

—Eso me gusta. Empiece.

—Lorna me citó en aquel bar.

—¿La veía usted con frecuencia?

—Era muy linda y me gustaba. Fui, aunque ya había decidido no salir más con ella.

—¿Por qué? ¿Le había causado algún perjuicio?

—¡Claro que sí! ¡La muy...! —escupió arena y añadió—: No sé cómo pudieron obtener aquellas fotos. Ella me juró que no lo sabía, pero el caso es que me hicieron chantaje.

—Eso me interesa, Lincoln. ¿Quién le obligó a pagar por las fotos?

—No lo sé. Me daban las órdenes por teléfono, y para convencerme recibí unas copias de esas fotos, con la amenaza de divulgarlas. Eso me hubiera colocado en una difícil situación y... pagué.

—¿Cómo lo hizo?

—Tenía que dejar el dinero en un sobre sin indicación alguna, dentro de uno de los libros de la biblioteca de Lorna. La amenaza fue concluyente: si decía algo a cualquier persona, incluida Lorna, las fotos se divulgarían.

—¿Y no interpeló a la muchacha?

—Al principio, no. Pero cuando las exigencias de dinero menudearon, la acusé a ella y se defendió, negando. Aquella misma noche me llamaron por teléfono diciéndome que, puesto que había desobedecido, iban a cumplir sus amenazas, pero ofrecí nuevamente dinero y... las fotos no se publicaron.

—¿No reconoció esa voz por teléfono?

—Me llegaba siempre muy apagada, como si se utilizase un micrófono especial de filtro, que deformara la voz, como los que se usan en trabajos artísticos... No puedo decirle si era hombre o mujer quien me llamaba.

Mac grababa aquellos datos en su memoria, mientras buscaba rápidamente nuevas preguntas que desvelaran los puntos oscuros que todavía le quedaban.

—Bien, Lincoln, si usted suponía que Lorna le había traicionado, permitiendo, cuando menos, la toma de esas fotos, ¿por qué acudió ayer a su llamada?

—La noté asustada y me pidió protección. Ella era capaz de ablandar las piedras y... acudí a la cita. Me dijo que necesitaba desaparecer porque alguien la estaba siguiendo, y me pidió dinero prestado: prometió devolvérmelo, tan pronto regresara.

—¿Se lo dio?

—Sí; llevaba encima trescientos dólares, y se los entregué.

—¿Qué ocurrió después?

—Me marché y ya no volví a verla. Supuse que se iría lejos, pero esta mañana he quedado impresionado al saber su muerte, por el periódico. Desde entonces, no he hecho otra cosa que beber: Lorna significó mucho para mí.

—¿No la vio anoche, Lincoln?

El actor de televisión respingó.

—¿Qué trata de insinuar? ¿Qué la maté yo?

—Supongo que tenía motivos: la policía también los encontraría.

—¿Y por qué me acusa? ¿Qué derecho tiene para...? ¿Quién es usted?

La arena crujió detrás de Mac y una voz fuerte les interrumpió:

—¿Te está molestando este tipo, Lincoln?

Davis se volvió. La luz procedente de la casa dio de lleno en el rostro de Peter Belmont, el jugador de *baseball*. Era ancho de hombros, fornido y con barbilla voluntariosa y firme. Estaba mojado también, con la camisa pegada al poderoso torso y los pantalones rezumando agua. Se le veía recién salido del mar, y el *whisky* le había sentado mal.

Noble escupió una vez más:

—Anda haciendo preguntas sobre Lorna... y no es policía.

Belmont apretó los puños.

—¡Qué curioso! Antes me ha parecido ver que te ha pegado, ¿es cierto?

—Sí.

—Bueno, pues no veo la razón por la que no debamos arrojarlo al mar.

Mac separó las piernas, dejando a Noble a su espalda.

—Lárguese, Belmont, no busque pelea.

Pero el jugador, contoneándose, le sonrió con desprecio.

—¿Tiene miedo? —luego alzó la voz llamando a los demás—: ¡Eh, amigos, aquí hay alguien que no quiere arrojarse al agua! ¡Vamos por él!

En mi instante, ellos y ellas le rodearon, riendo, torpemente embriagados, a medio vestir, mojados y con los ojos abultados por el *whisky* y la desenfrenada diversión.

—¡Es cierto! —dijo la rubita que se había negado a arruinar su vestido nuevo, que ahora colgaba desmayadamente de su cuerpo—. ¿Por qué vais a respetarle a él, y no tuvisteis consideración conmigo?

Los invitados hicieron un movimiento envolvente, y Mac alzó los puños.

—¡El que se acerque, probará mis puños!

En aquel instante notó las manos de Noble que le empujaban la chaqueta hacia atrás, sacándosela a medias y sujetándole con ella los brazos. El jugador de *base-ball*

rugió de alegría:

—¡Buen trabajo!

Le golpeó en el estómago. Mac se encogió cuanto pudo, pero el golpe le dejó sin aliento. Por detrás, Noble le metió su puño arteramente en los riñones, haciéndole caer.

—¡Por el puñetazo de antes! —rugió.

Varias manos le sujetaron y, en volandas, le transportaron los pocos metros que les separaban del mar. Mac no pudo resistirse, demasiado dolorido. La fría inmersión le hizo reaccionar mientras las risas de los invitados atronaban la noche. Una vez en el agua, luchó para desembarazarse los brazos de la caída chaqueta que le impedía nadar. La resaca era violenta y por un momento temió que

le arrastraría mar adentro, pero con serenidad logró vencer la fuerza del mar y acercarse a la playa, a cierta distancia de la casa de Henry Brown.

Cuando llegó a la orilla maldijo con fuerza a la cuadrilla de borrachos que continuaban en el chalet, con sus torpes diversiones.

—Ahorre energías, muchacho. Hay un alma caritativa que se ha apiadado de usted.

De las sombras surgió una figura exuberante, enfundada en unos pantalones a punto de estallar y un jersey de redondos contornos. No necesitó verle el rostro para reconocer a Loty.

—¿La buena samaritana?

—Sí; pero no le voy a dar agua, porque sospecho que tiene demasiada encima. Le traigo una toalla de baño y unos pantalones.

—Excelente muchacha. ¿Ha estado esperando mi salida?

—No sé por qué me ha parecido simpático. No es un canalla como todos éstos. No me miró mal. Y me dio lástima verle golpeado por ese bestia de Belmont. ¿No le agrada que esté aquí?

Notó sus manos ayudándole a quitarse la ropa. Mac se desprendió de su traje empapado y se envolvió en la toalla. Loty reía en la oscuridad.

—Usted debe preguntarse si estamos locos.

—Creo que sí.

—Es algo peor: son unos depravados... Todos ellos. Nos contratan y venimos. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Pero les odio porque tiran el dinero de esta forma y porque les gusta humillar a quienes no lo tienen. Usted no pertenece a esta clase, ¿verdad?

—No.

—¿Qué hace aquí, entonces?

—Mi nombre es Mac Davis, soy periodista, y hago preguntas sobre Lorna.

Se había puesto los pantalones que ella le había llevado. También se enfundó en un jersey de punto fino, y devolvió la toalla.

—Pobre muchacha. ¿Investiga su muerte?

—Sí; quizá pueda usted ayudarme, Loty. Al menos, ya lo ha hecho una vez.

—Ojalá pudiera decirle el nombre de su asesino. ¿Usted piensa que lo hizo alguno de éstos?

—No me he formado un juicio todavía. ¿La conoció usted bien?

—Todo lo que es posible, hoy en día.

Mac pasó el brazo derecho por la cintura femenina. Loty estaba demasiado gruesa y eso le daba un aire maternal, muy poco convincente. Encontró con facilidad sus gruesos labios y la besó. Ella pareció agradecer la caricia.

—Sáqueme de aquí, Mac. Odio a esta gentuza.

—Venga conmigo. ¿Cómo devolveremos la ropa que me ha prestado?

—No se preocupe por ello. Henry Brown tiene un guardarropa para casos como éste. ¿Dónde dejó su coche?

Sin regresar al chalet, pasaron al aparcamiento, y, mía vez en el vehículo, Mac depositó en la parte posterior el lío con su ropa húmeda. Luego arrancó, llevando a Loty a su lado, de regreso a Nueva York.

Al entrar en su aparcamiento y verse ambos en el amplio espejo de la entrada, no pudieron contener una carcajada, tal era su aspecto.

—Puedes pasar al cuarto de baño, si gustas, mientras preparo algo que nos haga reaccionar —invitó el muchacho.

Cuando ella regresó, tenía el cabello en orden y las mejillas encendidas por la fricción de la toalla. Se sentó a su lado en el sofá, y le besó una vez más, apoyándose luego en su hombro.

—¿Me encuentras demasiado gorda? Es que no sé privarme de nada que me gusta.

El muchacho le acarició la rosada mejilla y preguntó:

—¿Tienes idea de quién pudo asesinar a Lorna?

—Cualquiera de esos que estaban allá, si hubiera representado un peligro.

—¿Nadie en particular?

—No.

—Lorna parecía estar asustada ayer. ¿A quién se habría confiado, caso de necesitar protección? Brown se la ofreció, pero prefirió aguardar a alguien y luego se entrevistó con Lincoln Noble. ¿Sería él?

—Supongo que no, pues habían roto sus relaciones, Lorna era, además, muy desconfiada de los hombres; había tenido amargas experiencias...

—¿Una mujer, en ese caso?

—No sé... ¿Es preciso qué hablemos toda la noche de Lorna, Mac?

Sintiendo en torno al cuello los gruesos brazos femeninos, Davis creyó que entre sus recuerdos de aquella noche estaba la solución que se escapaba como un trozo de jabón entre las manos húmedas de un niño.

CAPÍTULO X

El coche se detuvo ante el edificio, y Mac arrojó el cigarrillo al suelo y lo pisó mientras William Chase, ojeroso y con la ropa arrugada, salía del vehículo y enfilaba hacia la puerta, sin verle.

El muchacho bostezó. La ciudad, en las primeras horas del domingo, estaba prácticamente silenciosa y vacía. Chase pisó el umbral y entonces Mac le llamó:

—¿Se divirtió mucho, Bill?

El interpelado se volvió, sobresaltado.

—¿Quién...? —luego pareció recordar y ensombreció el gesto—. No le conozco.

—Nos vimos esta noche en Long Island, ¿ya me ha olvidado? Estaba haciéndole preguntas a Henry sobre Lorna. El cooperó cuanto pudo. ¿Hará usted otro tanto?

—No me interesa verle, Davis. No me moleste.

—¿Quién le dijo mi nombre? ¿Henry? ¿O fue Noble?

—No importa. Váyase.

—De acuerdo; de aquí iré a ver al teniente Herford, de homicidios. Le gustará la historia del industrial que consiguió un contrato del Pentágono, por mediación de Lorna Dee.

El hombre de negocios respiró con fuerza.

—Suba.

Una vez en el apartamento, Chase se excusó:

—Desde mi último divorcio, no he vuelto a casarme, y la mujer que me limpia esto no viene todos los días, así que no se fije en el desorden.

—Ésta no es una visita de cumplido, Chase. ¿Cómo consiguió ponerse de acuerdo con Lorna para que esta conveniencia al general Potter de que debía darle la contrata?

—Fue ella quien me ofreció sus servicios.

—¿Ella?

—Bueno, lo tratamos siempre por teléfono. Una llamada me informó que había un procedimiento para que yo pudiera colocar una buena partida de material eléctrico en el Ejército. No sé cómo se había enterado de que había acudido a la contrata con una oferta. Me habló de que el general Potter se vería influido para concederme la contrata, si yo estaba dispuesto a ceder una comisión a mí comunicante.

—¿Aceptó usted?

—Claro; los negocios tienen estas cosas. Mostré mi conformidad, pero soy desconfiado, y no quise pagar hasta que no hubieran aceptado mi oferta. Sin embargo, mi comunicante quería el cobro por anticipado para asegurarlo, así que encontramos una fórmula de acuerdo: yo pagaría en acciones de mí Compañía, que no podrían ser vendidas sin mi consentimiento. Entregué las acciones y esperé. Cuando la contrata se firmó, autoricé la venta y mi agente de Bolsa se encargó de comprarlas para mí, con lo que las recuperé.

—¿Eran acciones al portador?

—¡En absoluto! No hubiera podido vigilarlas: eran nominales.

—¿Quién era el poseedor legal, cuando usted las cedió?

—Las puse a nombre de Lorna Dee, según instrucciones.

—¿Nunca habló de esto con esa muchacha?

—Una vez, pero ella pareció no comprender.

—¿Y su agente de Bolsa tuvo que tratar con ella?

—Lo ignoro. No le pregunté. Yo había conseguido la adjudicación, y estaba satisfecho del trato.

Mac miró a los ojos de su interlocutor.

—¿Dónde estuvo hace dos noches?

Chase rió.

—¿Busca la manera de colgarme el muerto? Tiene gracia; yo no la hubiera matado, Davis. Precisamente ahora preparaba una nueva oferta para el Ejército, y alimentaba la idea de que Lorna ejerciera su influencia sobre el general nuevamente. Pero responderé: la pasé aquí, solo, durmiendo. Sabía que hoy no tendría mucho tiempo para descansar.

Aún quedaba un extremo pendiente.

—¿Cuál es el nombre de su agente de Bolsa?

—Robert Kress.

Caminó hacia la puerta y se volvió para mirar por última vez al industrial.

—Espero que me haya dicho la verdad, porque le resultaría difícil justificarse ante la policía.

Salió del apartamento y cerró. Cada vez se perfilaba mejor la figura de Lorna Dee y de su asesino.

En el televisor del bar apareció la cara sofisticada de la anunciadora, y Mac descendió del taburete, al tiempo que dejaba unas monedas sobre el mostrador. Había sido un encuentro muy reñido, cargado de emoción hasta los últimos minutos en que Peter Belmont, demostrando una vez más su genialidad de jugador, había logrado el triunfo para su equipo, por escaso margen.

Mac caminó los escasos metros que le separaban de la puerta del edificio y entró sin detenerse en el mostrador del conserje. El ascensorista le condujo al piso catorce, y allí se sentó en uno de los sillones del corredor, dispuesto a consumir un paquete de cigarrillos en la espera.

Tuvo suerte porque al cabo de media hora vio aparecer la figura atlética de Belmont, que era felicitado una vez más por el ascensorista.

—¡Enhorabuena, Peter, sigue siendo usted el mejor!

Belmont, con la chaqueta colgada despreocupadamente de su hombro y desabrochado el cuello de la camisa, parecía feliz por el triunfo. Olía a loción y a masaje como un dios del estadio.

Antes de que pudiera franquear la puerta de su apartamento, Mac estuvo tras él.

—Una excelente actuación la suya, Peter.

El aludido se volvió en redondo, punzantes sus pupilas como puntas de estilete.



En volandas, lo arrojaron al mar...

—¿Qué diablos busca aquí...?

—Quizá el desquite por el chapuzón de anoche. ¿Qué tal, si entrásemos?

—¡Lárguese! —mordió las palabras el jugador—. No se busque complicaciones. Ya vio lo que le ocurrió.

—Anoche contó usted con Lincoln Noble. Hoy nadie va a

trabarme los brazos con mi propia chaqueta. ¿Tiene miedo, Peter?

—¿Qué demonios busca?

—Hablar. Parece que el nombre de Lorna le trastorna.

Belmont lanzó un juramento y le atacó de improviso, con la velocidad de reflejos que le hacían único en la pista.

Mac estaba en guardia; dio un paso lateral y dejó que el puñetazo se perdiera en el vacío. Luego le golpeó fuerte en el hígado, y a continuación le soltó un trallazo a la mandíbula que lo hundió en uno de los sillones del *living*, seis metros más allá.

El periodista cerró la puerta de un taconazo, y sonrió al jugador.

—¿Proseguimos?

Desde el fondo del sillón, Belmont le miró con odio.

—Le costará caro.

—Respire hondo, Peter. Es el mejor sistema para curar el hígado. Eso, y llevar una vida ordenada. No durará mucho su estrella, si continúa enfangándose en las juergas que prepara Henry Brown, y si no se aparta de mujeres como Lorna.

—¿Quién es usted?

—¿No se lo dijo Noble?

—¡Váyase al infierno, Mac! ¡No tiene derecho a hacerme preguntas!

—Claro que no, pero las haré de igual forma. Y usted las responderá. ¿A cuánto ascendió el chantaje que le hizo Lorna?

Belmont se removió en el sillón, mostrándose dolorido.

—¿Lo sabe?

—Claro. Conozco cada uno de los detalles de la vida de esa muchacha. ¿También le enviaron unas fotos?

—Sí.

—Cuéntemelo.

—Eso cree usted —se incorporó y caminó hasta el teléfono—. Voy a llamar a la policía.

Mac le cogió del brazo y el otro le golpeó. Tenía fuerza su puño. Había una buena musculatura detrás de aquellos nudillos. El periodista lo apreció, pero tenía sus manos libres y sacudió con fuerza, soltando el rencor acumulado la noche anterior, mientras se debatía en el agua.

Amagó con la izquierda al hígado y Belmont bajó la guardia. Mac sólo tuvo que alargar el otro brazo para alcanzarle en el rostro.

El deportista rebotó contra la pared y Davis volvió a pegarle, esta vez en plena nariz. La sangre saltó y Belmont dio un grito como si lo estuvieran degollando. Las lágrimas brotaron abundantes, y se desplomó de rodillas, enloquecido por el terrible dolor.

El joven retrocedió y se acarició la barbilla, donde Peter le había golpeado. Luego, mientras su rival se reponía, abrió el armario bar y se sirvió *whisky*.

Con el vaso en la mano, se dejó caer en un sofá, junto a una mesita que sustentaba un marco de pergamino en el que sonreía Loty, en una fotografía inverosímil para su volumen. Mac recordó la noche anterior y su velada en el apartamento, adormecidos por la reacción, tras el frío baño... Loty era la fórmula ideal para olvidar el lado amargo de la vida. Su desbordada humanidad podía no responder a los cánones clásicos de la belleza, pero Mac estaba dispuesto a preferirlos.

—No llore más, Peter, parece una mujercita —insultó.

—¡Muérase! —chilló el jugador de *base-ball*.

Mac abandonó el vaso y avanzó hacia Belmont con gesto avieso. Éste alzó las manos y suplicó:

—¡Ya está bien! ¡Déjeme en paz!

—Responda antes, muchacho.

—¡Bien, sí, Lorna me hizo chantaje!

—¿Ella en persona?

—¿Quién otra podía ser? Me llamó por teléfono una mujer y me pidió dinero, si no quería que divulgara las fotos que acababa de recibir por correo. Sólo con la complicidad de Lorna podían tomarse.

—¿Pagó usted?

—Naturalmente.

—¿De qué forma?

—Me ordenaron que dejara el dinero, dentro de un sobre, en un libro de la biblioteca de Lorna. ¡Está claro que me hizo chantaje! Por eso no volví a salir con ella.

—¿Mucho dinero, Peter?

—Diez mil.

—Una fortuna.

—¡Maldita sea! ¡Claro que sí! Estuve a punto de matarla.

Se mordió los labios después de haber dicho aquello; y Mac le sonrió.

—¿Y no lo hizo?

—¿Espera que le diga que sí?

—Es evidente que lo negará. ¿Y no le dijo a Lorna lo que pensaba de ella?

—¡Hubiera reventado, si no le suelto lo que llevaba dentro! Nos peleamos y... bueno, supongo que se me fue la mano. ¡Y ahora ya lo sabe todo, así que desaparezca!

—Sólo una pregunta, Peter. ¿Cuándo la vio por última vez?

—El viernes.

—¿El día del crimen?

—Sí, pero no hablé con ella. ¿Por qué no le pregunta a Loty? Las vi juntas a la puerta del hotel Regie.

—¿No lo ha declarado a la policía? —silabeó Mac, abrumado por la revelación.

—Nadie me interrogó, y tengo la buena costumbre de no complicarme en escándalos.

—¿Eran buenas amigas?

—Yo qué sé, aunque supongo que Loty era la amiga de la que Lorna hablaba siempre. Nunca me dijo su nombre, pero acostumbraba a consultarle cuanto hacía.

—Continúe, Peter, eso es muy interesante. ¿Qué sabe de esa amiga?

—Ya se lo he dicho: se conocían de antiguo, creo que antes de llegar a Nueva York... Concurrieron al mismo concurso de belleza, en la que Lorna había triunfado... ¡Por favor, déjeme en paz, estoy sangrando y necesito taponarme la nariz...!

Mac dio unas cariñosas palmadas en el hombro al divo del *base-ball*.

—Empieza a serme simpático, Peter. Palabra.

Abandonó el apartamento, sonándole a música celestial las interjecciones del encolerizado Belmont.

CAPÍTULO XI

El teniente Herford estaba dado a todos los demonios.

—¿Se te ha ocurrido alguna otra idea para hacerme quedar en ridículo?

El muchacho arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Por qué me guarda rencor, teniente? En todo caso, yo debería tenérselo a usted. Ayer le pedí que hiciera algo y no quiso.

—¿No, eh? Has de saber que fui al domicilio de ese tipo, Henry Brown, pero allí no había restos de cenizas ni nunca las había habido. Les interrogué, pero lo negaron.

—¿Dice que interrogó a Brown?

—Y a su mujer, sí, pero lo negaron. ¿Para qué me hiciste perder el tiempo, Mac?

—Le engañaron, teniente. Tanto si me cree como si no, en la chimenea había cenizas de fotos comprometedoras.

—¿Y qué pruebas me das de que es cierto? Es tu palabra contra la de ellos, y eso no me da fuerzas para nada.

El muchacho suspiró.

—Está bien, olvidémoslo. Déjeme ver al jefe.

—Trumbull está incomunicado.

—¿También para mí?

—Claro, ¿quién te crees que eres? Sólo puede verlo su abogado. Lo siento, pero lo más que puedo hacer es transmitirle algún recado... si lo juzgo inocente.

—De acuerdo; dígame que necesito datos acerca del concurso de belleza ganado por Lorna hace cuatro años: lugar y fecha donde se celebró, y los nombres de las que se presentaron al mismo.

—¿Por qué te interesan?

—Necesito comprobar unos datos.

Herford gruñó algo entre dientes, como un perro al que le estorban en su tarea de roer un hueso.

—¿Qué llevas entre manos, Mac?

—¿Todavía no se ha enterado? Busco algo que ayude a Trumbull.

—En ese caso, reza por él; es la mejor fórmula para sacarle de apuros.

—Un chiste muy gracioso, teniente. Su contacto con la policía le está contaminando, y ya empieza a no conocer la amistad.

—Quieta la lengua, muchacho. Hablas con ligereza.

Vera King, que hasta aquel instante no había abierto la boca, abanicó sus pestañas ante Herford.

—¿Por qué no es amable con nosotros, teniente? ¿Es malo tenerle lealtad al jefe?

El policía la miró con acritud, pero cualquiera que mirase a Vera tenía que derretirse forzosamente, a menos que fuera un trozo de roca. Y hasta Herford era de carne y hueso.

—Siempre has tenido gusto con las mujeres, Mac. Está bien, os traeré a John Trumbull, pero estaré presente durante la entrevista...

—Trato hecho —sonrió el joven periodista.

Cinco minutos después, se abrió la puerta para dar paso al director del «New York Free Press», más delgado, frágil y miope que nunca. Los duros momentos por los que había pasado habían quebrado su dureza habitual. Cuando vio a los dos muchachos, se los quedó mirando, como abrumado.

—¿Qué tal se encuentra, John? Animo, estamos trabajando mucho para sacarle de aquí —alentó Mac, palmeándole.

Trumbull se dejó caer en una silla y entrelazó los huesudos dedos.

—¿Hay... novedades?

—Necesito unos datos, John, algo relacionado con Lorna. ¿Dónde se celebró el concurso de belleza que ella ganó y quiénes fueron sus compañeras?

—Se celebró en Chicago, pero ignoro los nombres...

—Bueno, revisaré los archivos del periódico.

—Tengo una foto, no obstante, si puede ayudarte.

—¡Eso es magnífico! ¿Dónde está?

—En la caja fuerte de mí despacho, en un sobre marcado

«Personal». Vera conoce la combinación.

Herford proyectó su sombra sobre el detenido.

—¿Qué hay en el sobre, además de esa foto, Trumbull?

—Documentos personales, alguna carta y fotografías de nuestros primeros tiempos...

Mac cogió a Vera por el brazo.

—Vámonos, muchacha. Tenemos trabajo.

—¿Cómo va el periódico? —preguntó Trumbull.

—No se preocupe por eso, John. Usted figura en los titulares de primera página como víctima de un error de la justicia. Estamos creando tal ambiente, que el fiscal tendrá que presentar una sólida acusación, si no quiere sufrir uno de los peores escalabros de su carrera.

Herford dio una palmada.

—Terminó la entrevista —empujó a Trumbull hacia la puerta, pues debía esperar algún agente en el pasillo, y volvió a encararse con el periodista—. Y ahora, iremos a revisar esos documentos.

El muchacho apretó los labios, furioso.

—Es una sucia jugada, teniente. No tiene derecho...

—¿Quién ha dicho que no lo tengo? La policía necesita cuantas pruebas sirvan para el esclarecimiento de los hechos.

—Diga, más bien, que para reforzar la idea preconcebida del que dirija la investigación. Trumbull es inocente, se lo digo una vez más, y usted va a destrozar su prestigio, ganado en duros años de trabajo, con este fabuloso error.

—¡Cuidado, Mac, no hagas que pierda la paciencia!

Vera le tiró de la manga para hacerle callar, pero el muchacho ya estaba lanzado.

—De acuerdo, teniente, dígame ahora mismo, de una vez y por todas, si somos amigos o no; lo necesito para dar instrucciones a mí periódico.

—¿Me amenazas?

—Para usted valen todos los golpes, ¿no? En ese caso, yo tengo idéntico derecho. Usted usa de su autoridad para entrar a saco en la caja privada de Trumbull. De acuerdo; la ley le autoriza, pero si impide que yo trate de defender a mí jefe, haré que usted quede en ridículo, y ya sabe cómo ríe la gente cuando un periodista hábil destaca el lado grotesco de una situación o de un personaje.

El rostro del policía se puso cárdeno, y pareció que iba a explotar. Vera se apretó a Davis, asustada, pero Herford no estalló. Le costó un par de minutos tragar saliva. Luego reaccionó y pretendió convencerles de que la mueca que esbozaba era una sonrisa.

—Demonios con el chico, tienes temple. Vamos a ver lo que hay en la caja, Mac. No interferiré tu trabajo, pero... me domina la curiosidad.

En el coche, mientras Davis conducía, guardaron silencio. Sólo al llegar al periódico, el teniente comentó:

—Un día me enfadaré contigo, muchacho, y entonces...

Davis prefirió suavizar asperezas:

—No ponga cara de perro de presa, teniente. Usted, en el fondo, es una buena persona y un sentimental. Sólo que su trabajo en el departamento de Homicidios le hará polvo el estómago, y acabará con úlcera. Entonces se hará, de verdad, inaguantable.

Vera les precedió por las dependencias del periódico. Mac tuvo que retrasarse porque se tropezó con el editor y el director de circulación, que le interrogaron acerca de Trumbull. A grandes rasgos les habló de la situación en que estaba el jefe y siguió adelante.

Al cruzar la sala de recaudación se tropezó con Corinne Masey, que rodeaba una mesa.

—Salúdame, Corinne. ¿O ya no somos amigos?

La redactora literaria les sonrió.

—No te había visto, perdona. ¿Cómo anda el asunto del jefe?

—Complicado. ¿Y tus amores?

—No cambiarás nunca. ¿Ves a dónde habéis llegado, por hundiros en esa basura de periodismo que el jefe y tú practicáis?

—Soy leal a él, y ti ato de ayudarle. ¿Por qué ese rencor Corinne?

—Estropeas tus posibilidades.

—Me miras con muy buenos ojos, pero hieres con tu lengua. ¿Qué te ocurre?

Ella desvió la mirada y Mac comprendió. La cogió del brazo y notó el estremecimiento femenino y el sobresalto de su busto bajo la blusa. Corinne se le acercó y Mac supo que la muchacha se sentía menospreciada en sus sentimientos.

La llamada de Vera King le volvió a la realidad:

—¿No vienes, Mac?

Desde la puerta del despacho de Trumbull, les miraba con expresión dura. Davis soltó a Corinne, al tiempo que se despedía de ella, y acudió junto a Vera.

—¿De qué estás hecho, Mac? Pierdes la cabeza en cuanto ves unas faldas.

Herford había levantado de la pared un cuadro que ocultaba la puerta de la caja fuerte.

—Te estamos aguardando muchacho.

Vera, con paso elástico y desafiante, cruzó el despacho y abrió la pequeña hoja de acero. Luego vació su contenido sobre el amplio escritorio, donde Herford revisó, uno por uno, los papeles.

—Aquí está el sobre que citó Trumbull.

Lo abrieron. Varias fotografías salieron de su interior, así como la licencia matrimonial que le ligaba a Lorna, y unas cuantas cartas de ésta. Mac sólo se interesaba por las fotografías. Todas hacían referencia a la mujer de Trumbull, pero una de ellas era la más valiosa: la que mostraba a las aspirantes al título de «Miss Illinois», de cuatro años atrás. Allí estaba Lorna Dee, con sonrisa estereotipada común a sus rivales. Vera miraba la cartulina esmaltada por encima de su hombro, y alargó el brazo para mostrar con su larga uña rosada una de las chicas.

—¡Mira quién está aquí! ¡No sabía que la secretaria de Alden Weecks se hubiera presentado al título...! ¿Qué te parece, Mac?

El periodista estaba distraído.

—¿Eh, cómo? ¡Oh, sí...!

—¿Sabías que ella había participado en este tipo de concursos? No pareces sorprendido.

—Conocía parte de esa historia, pero no estaba enterado de que Rose compitió con Lorna.

Herford estaba revisando los documentos de Trumbull.

—Me los llevaré. El fiscal querrá echarles una ojeada. ¿Qué hay en esa fotografía, Mac?

Davis se la ofreció. El policía pasó la vista por los espléndidos cuerpos de las jóvenes, e identificó a Lorna.

—¿Ganó algún concurso?

—Hace cuatro años. —Mac la recuperó y la guardó en el bolsillo

—. Esto es todo, teniente.

—¿No me ocultas nada, muchacho?

—Sí, pero pertenece a mí propia investigación. ¿Dónde lo encontraré, si le necesito?

La expresión del policía estaba cargada de recelo.

—¿Has descubierto algo?

—Claro, pero usted sigue aferrado a su idea de que Trumbull es culpable, y no le interesa ninguna otra evidencia.

—Si fuera algo razonable... —apuntó, vacilando ostensiblemente entre la terquedad que le proporcionaba la idea fija de la culpabilidad de Trumbull, y el temor de quedar en ridículo.

—No tengo ni una sola prueba, por el momento.

Rió el policía.

—Cuando encuentres pruebas, avísame. Hasta entonces, poseo un candidato mejor.

Salió del despacho, sin abandonar su expresión sardónica. Al cerrarse la puerta, Vera se encaró con el muchacho.

—¿Qué hablabas con Corinne?

—Le preguntaba por sus amores —rió el muchacho.

—No tiene gracia —replicó, ásperamente, Vera.

Mac la tomó de los hombros.

—¿Qué te ocurre? Pareces una esposa celosa. Soy libre, ¿no?

Ella se soltó, pero Mac volvió a sujetarla y la atrajo hacia sí.

—Yo no te pregunto por tu intimidad, Vera, ni me enfada que sientas interés por el jefe.

—¡Qué mezquino eres! —protestó—. ¿Por qué has de suponer que las mujeres tenemos siempre una segunda intención, cuando mostramos simpatía por un hombre?

—Conozco algo de la vida, querida. Fíjate en la historia que estamos viviendo.

—¡Suéltame! Eres odioso.

Pero Davis, lejos de obedecerla, la acercó más a su pecho y la besó violentamente en los labios. La frialdad y la cólera inicial dejaron paso a una lasitud cálida.

—Siempre te has mostrado esquivo conmigo, Vera.

—Me ha asustado desde el primer momento tu cinismo. ¡Tratas a las mujeres como si todas estuvieran a tus órdenes, y no estuvieses dispuesto a rendirte ante ninguna!

—Eso es cierto. El varón debe imponer...

Ella le besó de nuevo, sin duda para impedirle continuar. Los labios eran jugosos y Mac se recreó en ellos. Luego apartó a la muchacha y la miró a los ojos.

—¿Ha significado Trumbull algo para ti?

¡Zas!

La bofetada sonó como dos noches atrás en el mismo despacho. Vera tenía las mejillas encendidas y los ojos que brillaban como ascuas.

—¡Un día te clavaré las uñas, Mac Davis!

Era toda una declaración de amor.

CAPÍTULO XII

El lunes a primera hora, Mac empujó la puerta de la oficina de Alden Weecks, el agente artístico, y entró en el amplio vestíbulo dedicado al público. Una empleada acudió a su encuentro, pero él la ignoró y empujó, la puertecita del mostrador para acercarse a la mesa donde Rose fingía estar entretenida con la correspondencia.

Cuando se detuvo ante ella, la secretaria de Alden Weecks le dirigió una fría ojeada:

—Ordinariamente, los visitantes se detienen en el mostrador.

—¿Ya no se acuerda de mí, Rose? ¿Dónde está Alden?

—Ocupado, con una conferencia del oeste. Le ruego que espere fuera y...

—Escuche, preciosa, a mí no se me puede hacer que aguarde como si fuera un aspirante a estrella.

Rose no había abandonado su aire provocativo y huraño de la última vez. Era una mujer de figura provocativa, que ella sabía realzar, pero tenía un gesto duro que la hacía poco sociable cuando ella lo deseaba.

Empujó la puerta de caoba situada junto a la mesa y se encontró en el antedespacho de Weecks, que tenía otra mesa, ésta reservada exclusivamente para la secretaria Rose. Mac no quiso escuchar las protestas de ésta, y cruzó la estancia para entrar directamente en el sancta sanctorum del prestigioso agente teatral.

Éste vociferaba por el teléfono órdenes, condiciones y cifras que en el mismo instante estallaban al otro lado del país, creando zozobras y confusiones. Como siempre, tenía el sombrero puesto y un cigarro humeante en la mano, tan mordido y destrozado, que daba compasión.

Weecks le saludó con el cigarro y, apuntando con él, le señaló

un sillón, en el que Mac se hundió.

Cuando terminó la conferencia, Alden resopló:

—¿Qué ocurre con Lorna, Mac? Preguntaste por ella y a las pocas horas apareció muerta. Cualquiera diría que tú la liquidaste.

—No llegué a encontrarla. Seguí su pista durante varias horas, pero ella estaba sobre aviso.

—¿Qué quieres decir?

—Lorna sabía que yo andaba buscándola y... debió asustarse. Huyendo, tropezó con su asesino y...

—Lo dices de una forma que parece que estás acusándome, Mac. Si piensas que yo la advertí...

—Tú sabías que yo me interesaba por ella.

Su amigo dio un puñetazo en la mesa.

—¡Esto es demasiado! De manera que me manejas a tu antojo, te sirvo los informes que precisas, y luego tienes la osadía de acusarme de...

—Han ocurrido muchas cosas desde entonces, Alden. No he tenido mucho tiempo para reflexionar, pero, conforme pasan las horas, estoy viendo claro, muy claro... ¿Es preciso que te diga que estoy investigando la muerte de esa muchacha?

—¡No me importa lo más mínimo! Y ahora, lárgate.

Mac cruzó las piernas con frialdad.

—No te destroces el sistema nervioso dándome gritos, Alden. Mi jefe, John Trumbull, no es el asesino de Lorna, a pesar de que lo diga la policía y lo hayan publicado los periódicos. Creo que sé la verdadera identidad del que mató a Lorna.

El agente teatral abrió la boca, sorprendido.

—¿Lo has comunicado a la policía?

—No.

—¿Por qué?

—Necesito pruebas.

Weecks arrugó el entrecejo.

—¿Y has venido a buscarlas aquí?

Mac se incorporó en silencio y cruzó el despacho como una centella, pisando de puntillas. De un tirón abrió la puerta, y Rose perdió el equilibrio, inclinada como estaba, escuchando a través de la cerradura.

—Así es; adelante, Rose. Oírás mucho mejor aquí dentro y...

podrá darme algunas explicaciones.

La secretaria de Alden Weecks estiró su vestido, llenó de aire sus pulmones con lo que el busto atirantó la tela, y apretó los labios.

—No sé de qué me habla y... ¡No estaba escuchando!

Weecks inclinó la cabeza sobre su hombro derecho, como cuando estaba perplejo.

—No sabía que escucharas detrás de las puertas, Rose... Y ahora que pienso, creo que estoy deseoso de oír tus explicaciones...

Rose apretó sus puños duros.

—Le ruego acepte mi dimisión, señor Weecks, y ahora... —se volvió para salir, pero Mac cerró la puerta.

—Llama a la policía, Alden. El teniente Herford, de homicidios, tendrá sumo interés en interrogar a Rose.

La muchacha tembló.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada...

—Avisó a Lorna que yo iba buscándola.

No era una pregunta y no se requería respuesta, pero Rose la dio a pesar de todo:

—Sí, es verdad, le telefoneé para advertirla. Supuse que usted no querría nada bueno de ella y... ¡odio demasiado a los periodistas para permitirles que triunfen en sus manejos!

—Y Lorna se asustó tanto, que pretendió esconderse; no fue a su trabajo en el «Tritón» aquella noche, ni acudió a una cita galante; tampoco regresó a su apartamento por el equipaje que previamente habría preparado, y es sólo por una razón: porque la habían matado. Y murió, quizá, porque yo iba a ponerme en contacto con ella.

El cigarro de Weecks se negó a tirar, y el agente teatral lo arrojó contra un rincón.

—¡Un momento, Mac! Hay algo que no coincide: si Lorna os envió al periódico sus «Memorias», ¿por qué se asustó al saber que un redactor de ese mismo diario estaba investigando en su vida?

—Esa pregunta se complementa con otra, Alden. Si Lorna y John Trumbull eran esposos, ¿por qué ella le mandó esas «Memorias», sin hacer referencia a su matrimonio? Ella se presentaba en la carta como una desconocida, cuando debía saber que escribía a su marido, y que él nunca accedería a publicar algo vejatorio para su nombre.

—A no ser que pretendiera hacerle chantaje a tu jefe, como apunta la policía...

—No, Alden. La cosa es mucho más complicada: simplemente porque Lorna Dee no escribió esas «Memorias».

Rose se estremeció y el agente teatral la miró curiosamente.

—Es sencillo, pero horriblemente complicado hasta que se despiertan las sospechas. Hasta ahora, he dado por auténticas esas «Memorias», pero he encontrado numerosas contradicciones. El modo de conciliarlas es, sencillamente, considerarlas como falsas. ¿Qué encontramos entonces?

—No sé; ignoro los detalles de tu investigación.

—No importa que lo oiga Rose; quiero demostrarle con ello que lo sé todo y que le conviene hablar. Lorna no escribió ni las «Memorias» ni la carta, a pesar de que estaba firmada con la misma tinta verde que ella utiliza y con su propia máquina de escribir. Por eso, Lorna se asustó al saber por Rose que un redactor del «New York Free Press», el periódico que dirige su marido, estaba buscándola. Trató de huir, se confió al asesino, y éste la mató en el hotel Regie, a donde debió enviarla, convenciéndola de que era el escondite ideal.

—¿Por qué mató a Lorna?

—Porque así lo había planeado previamente.

—¿Y qué objeto tenían esas falsas «Memorias»?

—Un momento; conviene aclarar que no decían ninguna inexactitud. Todo en ese escrito era cierto, y había ocurrido realmente. La única falsedad estribaba en que Lorna *no* era la autora.

—¿Y por qué el asesino se molestó en falsear un documento tan comprometedor?

—Para despistar a la policía y servir un culpable ideal para el crimen. El asesino sabía que John Trumbull era el marido de Lorna, y que éste se mostraría interesado en comprar los derechos de publicación de ese relato, siempre y cuando ignorase que lo enviaba ella. Le citó, preparó una trampa muy hábil, y Trumbull cayó en ella. Cuando él tropezó con el cadáver de su mujer, asesinado con la propia pistola que mi jefe compró un día, pero que Lorna se llevó al escapar de su hogar, hizo lo que habría hecho cualquiera: asustarse y huir, dejando tras sí huellas y rastros suficientes para que le

siguiera un ciego. Teóricamente, era el crimen perfecto, pues el asesino había conseguido inculpar a Trumbull plenamente, dándole motivos y oportunidad de asesinar a su mujer.

Weecks se pasó un enorme pañuelo por la frente y el cuello.

—Es... diabólico.

—Propio de la mentalidad de una mujer, ¿verdad, Rose?

—¡No sé de qué me habla! —chilló ella, muy pálida.

El agente teatral ululó:

—¿Es ella la culpable, Mac?

—Al menos, reúne unas cuantas características. El asesino es una amiga íntima de Lorna, una mujer que participó en el mismo concurso de belleza que ganó aquélla. Con frecuencia se confiaba a ella y le consultaba cada uno de sus pasos...

—No veo qué relación hay... —empezó Weecks.

—¿No? Usted sufrió esa desagradable derrota en el concurso de belleza que prefirió a Lorna, ¿verdad, Rose?

—¡No es cierto!

—Tengo la fotografía del concurso que lo prueba. No vale la pena mentir.

—¡Le odio, maldito sea! ¡Todos los periodistas son unos miserables! ¡Le mataría con gusto...!

Se abalanzó sobre él y le empujó con una energía insospechada. Mac tropezó en un sillón y perdió el equilibrio, cayendo en el asiento. Rose, con un grito furioso, abrió la puerta y desapareció con desordenado revolotear de faldas.

Su jefe lanzó un juramento y trató de ir tras ella, pero Mac se lo impidió, sujetándole por el brazo.

—Déjala, Alden.

—Pero... ¡se escapa!

—No irá muy lejos.

Se incorporó Mac y sonrió.

—No te comprendo... Anhelas defender a tu jefe, y dejas que escape el verdadero asesino...

—¿Por qué crees que le he permitido la huida?

Alden se rascó la frente y luego ensanchó su rostro en una enorme sonrisa.

—¡Ah, ya entiendo! Quieres que se enrede ella misma para que no pueda negar...

—Dedícate al negocio del teatro, Alden. Es tu fuerte.

Mac se dirigió a la salida, pero su amigo trotó a su lado.

—Eh, muchacho, todavía no me has dicho por qué asesinaron a Lorna.

—Es verdad. Es algo muy sucio. Los amigos de Lorna sufrían constantes chantajes para no ver publicadas unas fotografías tomadas por alguien, durante sus momentos íntimos con la muchacha. Esas fotografías solamente podía captarlas una persona que gozara de la amistad y confianza de Lorna, una antigua amiga en quien se confiara con frecuencia, pues se necesitaba una instalación algo complicada, automática, en su apartamento. Esos chantajes fueron numerosos y de importancia. Los amigos de Lorna le afearon su conducta en varias ocasiones, sin que ella comprendiera... hasta que empezó a sospechar de lo que se trataba. Sin duda, receló, o bien pidió una participación en los beneficios. El caso es que murió porque ya empezaba a ser peligrosa.

—Y el asesino ideó complicar a Trumbull.

—Sí, porque de otra forma la policía empezaría a profundizar en las actividades de Lorna, con el consiguiente riesgo. Por el contrario, si el caso estaba claro desde el principio, la policía no se molestaría en idear otro motivo que el que saltaba a la vista.

—¡Qué cerebro el de Rose! Nunca lo hubiera supuesto. Pero... hay algo... Rose es incapaz de hacer una foto... ignora la técnica...

Pero Mac ya había abandonado la oficina, y probablemente, no había escuchado sus últimas palabras.

Junto a la cabina telefónica, Davis aguardó pacientemente, sin inmutarse por el paso del tiempo ni por la alfombra de colillas que iba confeccionando a su alrededor. El camarero ya le había servido tres combinados que él alargaba lo posible para no embriagarse antes de que sonara el teléfono.

Al fin el timbre repiqueteó y el joven penetró en tromba.

—¿Mac? —oyó al otro lado de la línea—. Salió todo como dijiste.

—Soy un chico listo, Vera —sonrió—. Debes reconocerlo. ¿Dónde estás ahora?

—En Northwood Street, frente al número 77. Desde aquí veo el portal. Al fondo, está la puerta del laboratorio fotográfico. Creo que deberías apresurarte a venir, si es verdad que va a destruir las

pruebas. ¿O prefieres que llame a la policía?

—No, llevaré esto hasta el final. Quiero ver cómo agoniza la sonrisa en labios del teniente Herford cuando sepa la verdad. Adiós, encanto. Recuérdame que te debo un beso. Espérame ahí.

Vera King debió dedicarle un epíteto muy sonoro, pero Mac tenía demasiada prisa para escucharlo. Pagó su consumición y montó de un salto en el coche detenido ante la puerta.

Un instante después, rechinando los neumáticos en la maniobra, rodaba a toda velocidad hacia la dirección indicada por Vera.

La encontró en la acera, frente al 77. Mac la cogió del brazo y se lo apretó cariñosamente. La muchacha ronroneó como un gatito cargado de mimos y celos.

—Ponte al teléfono, encanto. Si ves algo anormal, telefonea a la policía. Yo entraré.

—¿No es peligroso? Puede matarte.

—Puede intentarlo —corrigió él—. Pero voy prevenido.

Le dio una palmada y la empujó hacia el bar desde el que ella había llamado antes. Mac cruzó la calle, penetró en el portal y habituó sus ojos a la lóbrega oscuridad, antes de encaminarse a la puerta del fondo.

Antes de llamar, se detuvo para escuchar el ruido que alguien hacía dentro, destruyendo las instalaciones.

Llamó con los nudillos de una forma peculiar, al azar, como si se tratara de la llamada de un tímido, muy distinta de las imperiosas formas de la policía. No quería asustar la caza antes de tiempo.

Cesaron los ruidos y Mac se preparó. Luego, desde el otro lado, llegó la voz cautelosa:

—¿Quién es?

—El vecino del primero —respondió, deformando la voz—. ¿Ocurre algo anormal? ¿Puedo ayudar?

La puerta se abrió tres centímetros. Mac metió el pie y empujó con el hombro. La mujer, sorprendida, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer sobre el montículo de frascos rotos que se apilaba sobre el suelo de cemento.

—¡Usted! —jadeó.

Mac mostró su expresión más beatífica.

—¿Aficionada a la fotografía, Mavina?

La hermosa mujer, pálido el rostro, le taladró con la mirada.

—¿Qué está pensando, señor Davis?

Rió él:

—En nuestra primera entrevista era Mac y me tuteó. Incluso creo recordar que me besó. ¿Quería con ello enturbiar mi cerebro? Lo hubiera conseguido, palabra, de no recelar a causa de la investigación. ¿Por qué ese gesto duro? La afea y es una lástima.

Ella bajó los ojos y se transformó. Su silueta rígida adquirió una molicie enervante, llena de sensualidad.

—Cierra la puerta, Mac. Me asustaste. Yo... te esperé. No acudiste a la cita.

Dio dos pasos y le echó los brazos al cuello. El muchacho notó el aliento femenino y el perfume de su cuerpo extremadamente cuidado. Sintió un escalofrío, como si se asomara a un abismo que provocara vértigo.

La apartó a tiempo, antes de que fuera demasiado tarde.

—No vale la pena fingir, Mavina. Asesinaste a Lorna. Lo sé todo.

—¿Qué dices?

—Supiste sus relaciones y montaste un sistema fotográfico que permitía obtener tomas sin que se diesen cuenta los interesados. Luego vendías esas fotos a los amigos de Lorna. Fuiste hábil. No te comprometías, porque les pedías que dejaran el dinero entre los libros que ella jamás leería. Tú acudías al apartamento, y en un descuido, recogías el producto obtenido. Pero a ella la acusaron de chantaje y sospechó. ¿Qué ocurrió, Mavina? ¿Quiso denunciarte o te pidió una parte?

—¡No puedes probarlo!

—¿Y ese laboratorio? Ese tipo de fotografías no podías entregarlo para su revelado a ningún laboratorio público. Tenías que hacerlas tú misma. ¿Es aquí donde guardas los negativos?

—¡No saldrás vivo!

Había sacado una pistola de un cajón, con el que le apuntó sin mover ni un músculo.

—Tampoco podrás huir. La policía está fuera.

—¡No es cierto!

Mac lanzó una carcajada.

—¿No te has preguntado cómo he descubierto este laboratorio?

La hermosa mujer se mordió el grueso labio inferior, señal inequívoca de nerviosismo.

—Me serví de Rose. La acusé, haciéndole ver que sólo ella, como compañera de Lorna en aquel concurso de belleza, podía ser la amiga a la que la muerta se confiaba siempre. Pero ella sabía que tú eres la confidente, y, por tanto, pensó que debías ser la asesina. Fue a verte, ¿no?

—Sí. Estaba furiosa contra ti. ¿Qué le has hecho?

—Odia a todos los periodistas. ¿Lograste convencerla de que no tenías nada que ver con Lorna?

—No fue difícil. Le mostré la casa. No había señal de que me dedicara a la fotografía.

—Rose me odia demasiado para pensar que puedo tener razón, y se dejó convencer. Pero tú comprendiste que yo andaba muy cerca de la verdad y te apresuraste a venir para destruir el laboratorio y terminar con toda prueba comprometedora. Después, ya nadie podría demostrar jamás tu culpabilidad.

—¿Me seguiste?

—Lo hizo el teniente Herford.

Ella negó con violencia.

—¡No es cierto, o él habría entrado!

—Aguarda fuera. Necesita oírte decir que eres culpable... y lo está oyendo. —Mac sabía que jugaba con la muerte. Tenía que ser convincente si quería salvar la vida, de otra forma Mavina apretaría el gatillo—. ¿Vas a complicarte aún más con una muerte que no te servirá de nada?

—¿Por qué no? Nunca podrán matarme dos veces.

Fue a disparar. Mac lo vio claramente, pero en aquel momento, Vera, nerviosa por la tardanza del muchacho, llamó a la puerta.

Los golpes sorprendieron a Mavina, y Davis se arrojó sobre ella, golpeándole la mano. Gritó y le clavó las uñas, pero Mac no tuvo contemplaciones y la golpeó de revés, arrojándola sobre uno de los bancos del laboratorio.

El muchacho se adueñó de la pistola y abrió la puerta. Vera, asustada, entró y estuvo a punto de lanzar un grito, pero el periodista ordenó:

—Llama a la policía. ¡Rápido!

Luego cogió a Mavina por el brazo.

—No debiste seguir caminos tan tortuosos. Una mujer como tú debería contentarse con amar y ser amada.

El teniente Herford estaba pálido, ojeroso, enfurruñado, con el aire adusto del que acaba de tropezar en público, entre las risas de los concurrentes.

—Ha tenido usted suerte, Trumbull —concedió, desde el parapeto de su mesa.

—Más bien he contado con la lealtad de dos amigos.

Herford miró de soslayo a Mac.

—¿Cómo lo averiguaste?

—En mis años de estudiante, cuando las matemáticas no lograban entrar en mi cabeza, aprendí que hay ecuaciones insolubles, que se resuelven por reducción al absurdo. Eso fue lo que hice. Era todo claro. Parecía que Lorna había escrito aquellas Memorias, y si era cierto, las cosas que averigüé no tenían sentido. Pero si la ecuación la reducía al absurdo, entonces todo encajaba. Y decidí pensar cómo pudieron ocurrir las cosas si las Memorias y la carta eran falsas.

—Y la incógnita se despejó.

—Sí. En esta ocasión, x equivalía a Mavina.

Vera cruzó las piernas, movimiento que atrajo la atención del policía. Mac carraspeó y Herford miró a otro lado, enrojeciendo.

—¿Por qué no me dijiste que en aquella fotografía del concurso de belleza había alguien más relacionado con el caso, aparte de Rose? —preguntó la muchacha.

—Estaba el teniente delante y no quise turbar sus ideas.

—Jugaste sucio, Mac —protestó Herford—. Si me hubieras dicho que Mavina Brown...

—No me hubiera creído. Usted necesitaba pruebas... y se las proporcioné.

Trumbull carraspeó.

—Por fortuna, llegaste a tiempo, porque si no logras impedir que Mavina prendiera fuego a su laboratorio...

—Usted lo hubiera pasado mal. Vera hizo el trabajo de seguirla y me avisó a tiempo.

Herford se incorporó, tratando de animarse.

—Bueno, dejen de hablar de eso y conviden a una copa a este pobre viejo que ha quedado en ridículo.

Mac le cogió de los hombros.

—No es fácil encontrar caballeros como usted, teniente. Vamos.

Una vez en la calle, Mac y Vera se detuvieron en la acera.

—Tú y yo tenemos que hablar —dijo ella—. Así que déjate de convites.

—¿Qué ocurre? ¿Algún problema grave?

—Claro, tienes que pagar tus deudas.

—¿Mis...?

—¿Ya has olvidado que me prometiste algo?

—No entiendo...

Vera le besó como si fuera a destruirlo.

—Me debías un beso... y tenemos que hablar de la boda.

Herford rugió:

—¡Eh, jovencitos! ¿No se dan cuenta de que están besándose delante de la Comisaría? ¿Es que quieren que les encierre por atentar contra la moral pública?

Vera dijo algo así como «¡Al diablo los policías!», y volvió a besar a Mac.

Éste no encontró motivo alguno para evitarlo. Vera seguía pareciéndole maravillosa.

FIN

veterano tiene eso
un veterano sabor



VETERANO
ES DE
OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain